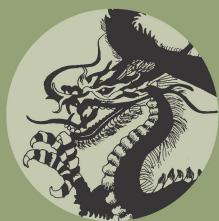


Cuentos chinos



Primer Concurso Nacional Universitario
de Cuento Chino en Español
(Ganadores)

Edición bilingüe



L
Literatura
UNAM

Cuentos chinos



Cuentos chinos



**Primer Concurso Nacional Universitario
de
Cuento Chino en Español**

Ganadores



Universidad Nacional Autónoma de México
Difusión Cultural / Literatura
Sede de la UNAM en China (Centro de Estudios Mexicanos)
Universidad de Estudios Extranjeros en Beijing (BFSU)

2019

Diseño de portada: Bernardo Recamier

Primera edición: septiembre de 2019

DR © de los cuentos: sus autores

DR © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de Difusión Cultural

Dirección de Literatura

Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán

C. P. 04510, Ciudad de México

Sede de la UNAM en China (Centro de Estudios Mexicanos)

Edificio de Expertos núm. 134, Universidad de Estudios Extranjeros de Beijing

Tercer Anillo Noroeste núm. 19, Distrito de Haidian, Beijing, China

C.P. 100089

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. Todos los derechos reservados.

Impreso y hecho en México.

DOS CULTURAS UNIDAS POR UNA LENGUA

Entre los proyectos de intercambio de la UNAM y China, la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural pensó en un concurso de cuento escrito en español para estudiantes originarios de China que se encontraran en la carrera de Filología Hispánica o Español como lengua extranjera, donde éstos hablaran de sus experiencias. El certamen fue organizado gracias al apoyo del rector de la UNAM, Enrique Graue, del coordinador de Difusión Cultural, Jorge Volpi, del rector de la Universidad de Estudios Extranjeros de Beijing (BFSU, por sus siglas en inglés), Peng Long, y del Centro de Estudios Mexicanos UNAM / BFSU, a cargo de Guillermo Pulido, con la colaboración de Pablo Mendoza Ruiz. El jurado estaría formado por dos prestigiosos escritores chinos, Liu Jian y Xu Lei, y tres mexicanos. Cuando nos solicitaron presidir el concurso, Hernán Lara Zavala, Adrián Curiel y yo misma nunca imaginamos que la respuesta fuera a ser tan entusiasta y numerosa.

A la gran cantidad de cuentos recibidos se sumó el asombro por la calidad con que estaban escritos y por la experiencia extraordinaria que para nosotros fue asomarnos a las problemáticas, inquietudes, deseos y reticencias de la juventud china. En los cuentos, como ocurre con la buena literatura, se mostraba la distinta forma de percibir el mundo entre una cultura y otra, así como la originalidad y el interés de dejar en el lector una experiencia memorable. Pero también

se mostraba algo más: dentro de estructuras narrativas diversas, y en no pocas ocasiones novedosas, se hablaba de los retos y afanes de quienes aun compartiendo formas de sentir y edades similares a las de nuestros estudiantes universitarios en México, nos compartían temas que son más comunes a quienes viven en aquel país. El sentido del honor, el afán de perfección, la competitividad para ingresar a las universidades y para mantener un alto desempeño aunados a la necesidad de acercarse a los otros, de establecer relaciones con sus pares e incluso con los extranjeros, eran algunos de los temas que aparecían una y otra vez, ya fuera en los textos de ciencia ficción o en los de tono realista, y son los que los lectores encontrarán en esta antología. Junto a ellos, hallarán la problemática de las mujeres y la particularidad de las relaciones interfamiliares, cercanas y poderosas, en las que a veces está presente el cuidado de los hijos más pequeños a cargo de los abuelos. En todos, el aliciente de estos jóvenes por aprender español y alcanzar el dominio de éste a través de la literatura es patente. También, el de hacerse de un futuro propio donde puedan realizar sus sueños; algo que abona en favor de lo que debe ser el sentido de la vida, a cualquier edad, pero en especial, antes de entrar en la madurez.

La Universidad Nacional Autónoma de México celebra esta iniciativa y con esta edición bilingüe rinde un reconocimiento a estos jóvenes talentosos.

ROSA BELTRÁN
Directora de Literatura, UNAM

SUEÑOS CHINOS ESCRITOS EN ESPAÑOL

Provenientes de 42 universidades, 162 jóvenes abrieron las puertas de su imaginación y pusieron en práctica sus conocimientos gramaticales sobre la lengua española para narrar su universo creativo en una breve historia en forma de cuento, cuyos personajes y tramas, ya sea inspiradas en sus propias vivencias, en hechos reales o ficcionales, cobraran vida al momento en que participaron en el Concurso Nacional Universitario de Cuento en Español de China.

La Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Universidad de Estudios Extranjeros de Beijing (BFSU, por sus siglas en inglés) sumaron esfuerzos para hacer realidad este proyecto sin precedentes, ya que es la primera vez en que se organiza un concurso de este tipo entre una universidad hispanoamericana y una china. Además, este concurso ejemplifica el trabajo de vinculación y colaboración internacional universitaria; muestra el impulso a la divulgación de la literatura y fortalece los lazos entre la juventud sino-mexicana. Por supuesto, también promueve el estudio y la difusión de nuestros idiomas: el español y el chino.

Considerando que en China existen más de 100 instituciones universitarias que ofrecen la licenciatura en Filología Hispánica, y muchas de ellas cuentan con estudios de posgrado, la idea de organizar el concurso nació a partir de una inquietud entre el equipo de la Sede de la UNAM con el fin de que los alumnos de la carrera de español como lengua

extranjera tuvieran un espacio para expresar su talento creativo. Se buscó que este concurso también sirviera para que los estudiantes demostraran lo aprendido en el estudio de nuestro idioma, y que sus historias fueran leídas por el público hispanohablante.

Con esta iniciativa, los miembros de la UNAM-China se reunieron con el entonces Decano de la Facultad de Estudios Hispánicos y Portugueses de la BFSU, institución con mayor prestigio en el país asiático en la enseñanza del español, y que además es la entidad que hospeda a nuestra representación universitaria en la República Popular China. De este encuentro surgió el planteamiento de que, además de que los cuentos se escribieran en castellano, también estuvieran disponibles en chino, y que fueran los mismos alumnos los encargados de traducirlos.

Considerando el esfuerzo que realizarían los universitarios, se pensó que uno de los mayores incentivos para motivar su participación era que las mejores historias fueran compiladas en una publicación. Se presentó el proyecto a la Dirección de Literatura de la UNAM, entidad que desde un principio lo acogió con entusiasmo. De este modo, se definió que el premio más importante fuese la publicación de los cuentos ganadores bajo el sello de Literatura UNAM.

Se lanzó la convocatoria, pero nadie sabía con certeza cómo sería la participación de los jóvenes chinos. La empresa no era sencilla. No sólo tenían que crear una historia original, sino que debían hacerlo en una lengua extranjera, como lo es el español, y hacerlo por el gusto de escribir, ya que no se trataba de un trabajo escolar ni tampoco era parte de ninguna asignatura.

Conforme se acercaba el cierre de la convocatoria crecía el nerviosismo entre el Comité Organizador del Concurso.

Se habían registrado pocos participantes, no más de una veintena. Justo a una semana de cerrar el plazo, el correo electrónico del concurso no paraba de recibir cuentos. La participación superó las expectativas. En total se registraron 162 trabajos.

Los jóvenes, todos estudiantes universitarios de la carrera de español, originarios de diferentes latitudes de esta milenaria nación china, hicieron por un momento a un lado sus labores académicas para convertirse en narradores. Algunos motivados por sus profesores, otros por la necesidad de expresarse, otros más por la mera experiencia de vivir una aventura literaria. Dedicaron horas, días, quizás hasta meses para escribir su texto, enviarlo al concurso y con ello formar parte de una iniciativa sin parangón. Y aunque se sabía de su capacidad y dedicación, sus textos no dejaron de sorprender a propios y extraños, tanto por las historias como por la calidad de su escritura. En algunos casos no parecía que se tratase de alumnos extranjeros, sino de nativos del español.

El Comité Organizador se encargó de verificar que todos los trabajos cumplieran con los requisitos establecidos en la convocatoria y de seleccionar a los finalistas para que fueran evaluados por el jurado. La selección fue difícil, pero sólo 10 cuentos serían los ganadores. El jurado emitió su fallo que se dio a conocer el 3 de junio de 2019.

Los ganadores del Concurso Nacional Universitario de Cuento en Español de China resultaron:

PRIMER LUGAR

Un largo sueño en el avión

王越 (Wang Yue) de la Universidad de la Ciudad de Beijing

SEGUNDO LUGAR

Ir a ver a Mo Mo

杨芊 (Yang Qian) de la Universidad de Estudios Extranjeros de Beijing

TERCER LUGAR

La frontera

曾乐怡 (Zeng Leyi) de la Universidad de Estudios Extranjeros de Beijing

MENCIONES HONORÍFICAS

El fuego todos los fuegos

朱致辰 (Zhu Zhichen) de la Universidad Normal de Nanjing

El muro

林宜家 (Lin Yijia) de la Universidad de Estudios Internacionales de Beijing

El niño de arena

李若宇 (Li Ruoyu) de la Universidad de Lengua y Cultura de Beijing

El refugio de niños

罗明慧 (Luo Minghui) de la Universidad Normal de Yunnan

La terapia de simulación

罗云薇 (Luo Yunwei) de la Universidad de Jilin

Las expectativas

季鑫昊 (Ji Xinhao) de la Universidad Normal de Nanjing

Procesamiento del lenguaje natural

冯嘉玮 (Feng Jiawei) de la Universidad de Estudios Extranjeros de Beijing

Es así como, estimado lector, este libro bilingüe chino-español llega a sus manos. Nos congratulamos porque es la primera edición de este tipo que publica la UNAM y porque los autores son jóvenes universitarios. En estas páginas usted tendrá la oportunidad de leer sus historias, su mundo creativo, y conocer por qué fueron merecedores del reconocimiento del jurado. Sus cuentos son sueños chinos escritos en español.

Queremos que esta presentación también sea un reconocimiento para cada uno de los jóvenes que, en representación de sus universidades, participaron en el concurso. Su esfuerzo y dedicación en el estudio de nuestro idioma es admirable. A todos ellos les exhortamos para que sigan persiguiendo sus sueños y cultivando su talento creativo.

Finalmente, la Sede de la UNAM en China extiende un agradecimiento al rector de la UNAM, Enrique Graue, y por parte de BFSU, al rector Peng Long, por su impulso a los proyectos de internacionalización.

Asimismo, nuestra gratitud a las autoridades de la UNAM: Ken Oyama, secretario de Desarrollo Institucional, Francisco Trigo, coordinador de Relaciones y Asuntos Internacionales y Jorge Volpi, coordinador de Difusión Cultural. Por la BFSU agradecemos a Yan Guohua, vicepresidente de Asuntos Internacionales, y a los decanos de la Facultad de Estudios Hispánicos y Portugueses de BFSU, Chang Fuliang y Liu Jian.

Y por su dedicado y erudito conocimiento literario, nuestra gratitud a los reconocidos escritores y académicos miembros del jurado: el mencionado Liu Jian, Xu Lei, Hernán Lara Zavala, Adrián Curiel y Rosa Beltrán, quien también es

directora de Literatura de la UNAM y apoyó este proyecto en todo momento. También agradecemos a su colaboradora Martha Santos, subdirectora de Literatura UNAM, y a la editora Rosalía Chavelas Peña, por su gran entusiasmo en el cuidado de la edición bilingüe, que permitió el arribo a buen puerto de esta publicación. Hago extensivo el agradecimiento a los profesionales de la redacción de estilo, Cui Yan (Mariana), Peng Xinye (Carolina) y Jesús Mendoza Ruiz, por la dedicada labor tanto en chino como español.

Por último, mi reconocimiento universitario y personal al Comité Organizador del Concurso, integrado por el equipo de la UNAM-China: Pablo Mendoza Ruiz, Raúl López Parra y Edmundo Borja Navarro, quienes aportaron todo su talento profesional y conocimiento sobre los códigos culturales y lingüísticos sino-mexicanos para que este proyecto cristalizara y se convirtiera en una ruta contemporánea de la *Nao* literaria.

Esta obra es el resultado conjunto de la vinculación universitaria sino-mexicana y es el primer esfuerzo en su tipo que realiza una de las sedes de la UNAM en el extranjero; su culminación es un testimonio para que iniciativas como ésta abran el camino a un fructífero intercambio literario entre jóvenes universitarios a nivel global.

Amigos lectores, disfruten de los cuentos.

GUILLERMO PULIDO GONZÁLEZ
Director de la Sede de la UNAM en China

UN LARGO SUEÑO EN EL AVIÓN

Wang Yue

El avión atravesó las nubes oscuras y el primer rayo de la mañana entró por la ventana e iluminó la cara de la chica dormida. Con el hermoso sol se despertó de su sueño y se frotó los ojos entrecerrados.

Con la cabeza apoyada contra la ventana, la chica estaba pensando en lo que sucedió en su sueño.

—Todos los días sólo te quedas en la cama jugando, nunca quieres buscar un trabajo, no has hecho para nada los trabajos domésticos, ni siquiera sabes lavar un tazón. Se nota que tu vida ya está perdida en la pereza.

—¿Has terminado?, ¿qué puedes hacer excepto echarme en cara palabras interminables? Si no podemos convivir más, es mejor separarnos.

Apenas terminó la frase, se oyó un ruido: el sonido de un cuenco quebrándose contra el suelo y el llanto de la madre.

—Está bien, está bien, ya que quieres irte, pues nos separamos, pero te digo primero, mi hija vivirá conmigo después del divorcio. Yo no quiero nada más que a mi hija...

Desde que el padre estaba desempleado, la familia dependía totalmente de la madre, quien estaba muy cansada. Durante el día trabajaba por un pequeño ingreso para mantener a la familia y después de regresar a casa por la noche, lavaba la ropa, limpiaba la casa y, al mismo tiempo, tenía que enfrentar a su esposo deprimido. Este tipo de disputas ocurrían a diario en la casa de Nancy; eran tan frecuentes que cerraba

los ojos, pero sus oídos estaban rodeados por el ruido de las discusiones de sus padres. Las peleas continuas la atormentaban mucho. Después de día tras día de sufrimiento, por fin se divorciaron. Sin mucha justificación, el padre consiguió la custodia de la hija valiéndose de una amistad con poder.

Luego del divorcio, el padre envió a Nancy a la casa de su abuela y él se fue muy lejos a otra ciudad para ganarse el pan. El padre casi nunca iba a visitarla y no sabía nada de su vida, como si hubiera desaparecido del mundo. La abuela era una anciana dura que nació en el campo y estaba muy influida por el pensamiento feudal, por eso era normal que concediera importancia a los hombres y despreciara a las mujeres. Según ella, criar a una chica sólo equivalía a perder dinero y no le gustaba nada esta nieta.

Hubo una vez en que Nancy enfermó y tuvo una fiebre grave en plena noche. El ruido agudo del llanto despertó a la abuela. En lugar de llevarla al hospital, la abuela se enfadó y le reprochó a la niña su escándalo. A la mañana siguiente, como siempre, la mandó a la guardería infantil ignorando su enfermedad. Por suerte, la profesora de la escuela prestó atención a la anormalidad de la niña, la llevó a una clínica para que le pusieran una inyección y le recetaran alguna medicina.

En otra ocasión, Nancy le preguntó a su abuela a dónde se había ido su mamá. Ella le contestó con mala cara que su mamá no la quería, pues la había abandonado. La niña no lo creyó, lloró y gritó: “seguramente mi mamá me quiere, me ama, tú no me engañas, eres una mala persona, te odio, no quiero hacerte caso, voy a buscar a mi mamá”. La abuela, molesta de tanto llanto y grito, no pudo aguantar más y tomó, de la mesita de noche, la aguja para coser ropa y le pinchó el dedo. La niña apretó su dedo con fuerza y la sangre fluyó hasta la muñeca. La abuela entonces la amenazó:

—Si lloras otra vez, éste es el resultado, recuérdalo —aunque le dolía mucho, la niña estaba tan asustada que no se atrevió a llorar y se escondió en un rincón de la habitación para sollozar en secreto, pensando en su madre, con ganas de que un día ella pudiera tocar suavemente su cabeza con la mano y decirle que la amaba.

Era un día normal, pero para Nancy fue especial. La abuela la llevó a un lugar particularmente hermoso. Había muchos niños de la misma edad que ella. Alegres, corrían, saltaban, reían y jugaban. La abuela platicó durante algunos minutos con una mujer desconocida; luego, se fue tranquilamente. Desde ese día, la niña vivió con aquella mujer, quien la cuidó esmeradamente, a ella y al grupo de niños con quienes Nancy jugaba contenta. Cuando estaban libres, los maestros les contaban cuentos interesantes y les enseñaban a leer, a escribir. La vida era ordenada, tranquila y hermosa. A Nancy le gustaba mucho aprender: con frecuencia se sentaba en una pequeña silla y casi sin moverse permanecía leyendo durante toda la tarde, sobre todo, mostraba mucho interés en los libros escritos en idiomas extranjeros.

El tiempo se va volando y así transcurrieron tres años. Se desvaneció la puerilidad de la chica y se volvió más guapa. Un día, como de costumbre, ella se levantó a las siete de la mañana, se cepilló los dientes, se peinó y se preparó muy bien para ir a clases. Cuando abrió la puerta de su habitación, vio que la mujer con quien vivía la estaba esperando para decirle:

—Nancy, felicidades, tu mamá vino a buscarte... te va a recibir en su casa. Ya puedes salir de aquí y vivir una vida mejor.

Muy sorprendida, Nancy permaneció apoyada contra la puerta por mucho tiempo. En su corazón se volcaron diversos condimentos y no supo identificar cuál sabor era el que sen-

tía. Durante estos años, a menudo su mamá aparecía en sus sueños, pero cada vez que se despertaba, triste y con lágrimas en los ojos, no podía ver siquiera la sombra de su madre. La sorpresa era impensable. Antes, la escena sólo estaba en sueños, por eso le era tan difícil creer que en verdad pudiera volver al lado de su mamá, incluso temía que le estuvieran mintiendo. Sin poder evitar derramar lágrimas de emoción, su sueño se convirtió en realidad y toda la espera valió la pena.

Corrió a los brazos de su madre, era como si nunca hubiera experimentado un abrazo tan cálido. La miró fijamente y notó que la pena y los años habían marchitado su rostro. Se entremezclaban canas con su cabello negro y brillante, también tenía arrugas en la frente y en sus ojos. Su madre le fue contando todas las cosas sucedidas en los últimos años. Su papá se volatilizó sin dejar ningún rastro, nadie supo dónde estaba. Ella acudió con la abuela, pero ésta no le hizo caso. Lo único que pudo hacer fue trabajar diligentemente y buscar a su hija por toda la ciudad. Por fortuna, luego de esfuerzos incesantes, se enteró de que su hija vivía en este orfanato y decidió que haría todo lo posible para llevarla a casa y darle una mejor vida. Se congratuló de que Dios no defraudara su esperanza: madre e hija se reunieron finalmente luego de salvar muchas dificultades.

Nancy, su madre y sus abuelos maternos vivieron juntos. Luego de un tiempo, Nancy entró a estudiar en la mejor secundaria de la ciudad. Se levantaba a las cinco y media de la mañana y volvía a casa a las diez de la noche. Pasaba la mayor parte de su tiempo en la escuela, ya fuera para asistir a clases, estudiar individualmente o participar en actividades y en conferencias. Su vida era muy regular. Todas las mañanas, la abuela (su despertador) la estimulaba para que no llegara

tarde y en la mesa del comedor siempre estaba ya listo el desayuno: gachas bien cocidas y un huevo pelado. Mientras Nancy desayunaba, la abuela le hacía dos bonitas trenzas. Sí, muy a su manera, la abuela la mimaba mucho.

La vida de la secundaria era muy intensa y muy agotadora, tanto que se sentía presionada. Le parecía que si dejaba de esforzarse tan sólo un segundo, sus compañeros la dejarían atrás. De entre todas las materias, prefería el inglés, de modo que sacaba las notas más altas en sus exámenes. Esto no era sorprendente: siempre había estado interesada en aprender idiomas extranjeros y dedicaba mucho tiempo a esta materia. Desde hacía dos años, anhelaba entrar a una buena universidad, elegir una carrera de lenguas y ansiaba cumplir su sueño de ser traductora.

“Ding dong, ding dong.” Así sonó el timbre para iniciar el último examen de ingreso a la universidad. Nancy entró a la sala con plena confianza. El aula estaba extremadamente silenciosa, tanto como si el sonido de una aguja al chocar contra el suelo pudiera molestar a los estudiantes. Todos estaban concentrados en su propia prueba. Estaban absortos, aprovechando cada segundo de las dos horas. “Ding dong, ding dong”, sonó el timbre otra vez para indicar el fin del examen, el cual marcó formalmente el término de la secundaria. Entregó la hoja de respuestas y salió saltando de la escuela.

Por fin, habían pasado tres años de cansancio y lo que le esperaba sería una bella vida universitaria. Su corazón estaba lleno de infinita esperanza y en su rostro se dibujó una melosa sonrisa bajo el sol.

Días después del examen, ella y su madre viajaron por muchos lugares, desde la antigua ciudad de Lijiang hasta la tercera cascada más grande del mundo —cascada de Huangguoshu—,

desde el templo de Confucio de Nanjing hasta el famoso lago del oeste de Hangzhou, desde la Disneylandia de Shanghái hasta la isla Gulangyu de Xiamen. A lo largo del viaje, estuvieron tan felices que toda su presión se desvaneció en los paisajes.

Según dicen, preparar el examen de ingreso a la universidad es la tarea más importante y ardua durante los tres años de la secundaria. No obstante, la elección de una carrera no se debe desestimar. Precisamente en este asunto hubo discrepancia entre ella y su mamá. La madre deseaba que solicitara la maestría o una especialidad médica y, en lo referente a la distancia, que eligiera una universidad cerca de casa. Nancy la podía entender, pues habían estado separadas por muchos años y su madre también quería acompañarla para siempre. Se encontraba en un auténtico dilema y no sabía qué hacer. Pensaba y reflexionaba, daba vueltas y vueltas por la noche, hasta que por fin se decidió a comunicarle su idea. Aunque muy desconsolada, la madre aceptó su decisión y su sueño. Nancy quedó conmovida por la comprensión y el apoyo incondicional de su madre, ya que había elegido la carrera de español en la Universidad de Beijing.

“Estimados pasajeros, presten atención, ya comienzan a revisar el boleto del tren de alta velocidad de Hangzhou a Beijing. Por favor, diríjense a la puerta 3.” Con la voz de la transmisión de fondo, Nancy y la madre se despidieron diciéndose adiós con la mano hasta que definitivamente las dos se perdieron de vista entre la multitud.

Era la primera vez que estaba en Beijing; tenía mucha curiosidad por la capital. Llegó con el deseo de aprender, con la intención de explorar lo desconocido y con la esperanza del futuro. La universidad era grande, volaban pájaros en el

cielo, gritaban en los árboles las cigarras, cantaban en la piscina las ranas, era tan hermosa como se la había imaginado.

Sentía gran entusiasmo por su carrera. Siempre escuchaba con mucha concentración las clases y tomaba apuntes. Una vez que terminaban las sesiones, iba directamente a la biblioteca para repasar y preparar las lecciones, incluso no salía de ahí hasta que el administrador le avisaba que ya iban a cerrar. Y los fines de semana paseaba por lugares turísticos, hacía deportes o iba de compras con sus amigas y de vez en cuando llamaba a su mamá para compartirle asuntos divertidos. Mantenía un buen equilibrio entre el trabajo y el descanso.

Nancy pasaba la vida satisfactoriamente y, así como en la secundaria, ahora en la universidad no sólo se encontraba entre los mejores estudiantes, sino que también activamente tomaba parte en actividades optativas. Por dos semestres consecutivos obtuvo la beca para la mejor estudiante de la clase. Al comienzo del segundo año, la maestra les dijo que la escuela proporcionaría a unos cuantos alumnos sobresalientes la oportunidad de ir a estudiar al extranjero. Por supuesto, para lograrlo era necesario cumplir con ciertas condiciones, las más difíciles, tener excelentes calificaciones y, a la vez, tener el nivel requerido del idioma. Ella tenía muchas ganas de conocer el extenso mundo, mejorar su habilidad de lenguaje y aprovechar la oportunidad de vivir en la cultura donde se habla la lengua que escogió como carrera. Así, perdió fines de semana y vacaciones estudiando como loca. Realmente estaba muy estresada, pero no se atrevía a aflojar el ritmo antes de que confirmaran la lista de los ganadores. Se volvió solitaria, no hablaba ni se divertía, solamente se quedaba en la biblioteca como si fuera ella misma su compañera más leal.

Cierto día, cuando caminaba por un sendero rodeado de árboles, de repente sintió vértigo, estuvo a punto de vomitar

y, luego, perdió la conciencia. Cuando volvió en sí, se hallaba en el hospital: no supo quién la había ayudado, no dejaron nombre ni número. Afuera, a través de la ventana, pudo admirar la suavidad de la puesta de sol. Tomó de la mano del doctor el expediente médico donde se leía “depresión moderada”, y en ese momento dudó si tenía la vista borrosa. El doctor le dijo que la presión constante e insoportable le había causado el insomnio y que el cuerpo ya no pudo sufrir más, por eso se desmayó. Salió del hospital y regresó al dormitorio. Prefirió no decirle a su mamá; como no quería preocuparla, hundió este secreto en lo más profundo de su corazón.

Por más de dos meses siguió desvelándose. Todas las noches era como vivir en el purgatorio. Finalmente apareció la lista. Se apresuró a ir a la oficina escolar y vio su nombre en el papel. Respiró aliviada. Había llegado el día tan esperado y, por fin, esa noche tuvo dulces sueños.

Con el apoyo de la madre, todo marchó viento en popa. Obtuvo la visa, compró el boleto y efectuó los trámites necesarios. Sólo había que esperar unos meses hasta la salida del vuelo.

“Estimados pasajeros, nuestro vuelo está a punto de llegar al aeropuerto de Tijuana. Por favor traigan consigo todas sus pertenencias.” La chica, inclinada sobre la ventana, al instante volvió en sí, luego de la distracción. Arregló su equipaje pensando “¿qué le pasó después a la chica en mi sueño?, ¿por qué soñé así? Oh, tengo los huesos molidos, tan cansada, es mejor olvidar este sueño raro”.

El sol brillaba sobre la tierra con el cielo azul y la brisa suave.

“Ding ding”, sonó su celular. Era un mensaje de su madre: “¡Hija, feliz viaje!”

IR A VER A MO MO

Yang Qian

Para ver a Mo Mo tenía que hacer dos transbordos. En el autobús logré encontrar un asiento disponible y me senté, lo que —si no recuerdo mal— me incomodó aún más que permanecer de pie aplastada y asfixiada entre la muchedumbre que se agitaba sin cesar al ritmo del vaivén del vehículo. Dejé caer la cabeza para evitar las miradas que sentía posarse sobre mí, miradas en las que creí detectar censura y desprecio. Recordé que años atrás, cuando me quejé con Li An de la mirada hostil que Mo Mo me lanzaba de vez en cuando, me respondió que no le hiciera caso porque yo no había hecho nada malo.

—Además, a nadie le queda energía para odiarte con sus 16 horas diarias destinadas al estudio —añadió ella, antes de soltar junto conmigo una risa llena de resignación.

Al detenerse el autobús, se bajó una anciana, a quien seguí con la mirada y, para mi asombro, la vi dirigirse a una bandada de gorriones que, al sentir su presencia, estalló en decenas de piezas grises que en espiral se dispersaron hacia el brillo del cielo. Con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás, la anciana esbozó una amplia sonrisa casi boba. Así que no está enojada, pensé. Si Li An estuviera a mi lado, estaría de acuerdo conmigo. Casi nunca teníamos discrepancias entre nosotras, ni tampoco secretos. Cinco años atrás llegó a decirme que si no le hubiera importado perder el apoyo de su madre nunca habría venido al instituto, donde los alumnos

pasaban los días encorvados sobre libros y tareas y ejercicios extras de repaso, porque no le inspiraba mucho entusiasmo la idea de terminar en una universidad prestigiosa. Su impasibilidad me asustó tanto que le eché un sermón como una madre lo haría con su hija rebelde, advirtiéndole que, aun sin escatimar esfuerzos, apenas podría rivalizar y eliminar a Mo Mo en el programa de convenio bilateral, cuando faltaba tan sólo un mes para la Prueba de Clasificación. También añadí que, habiendo Mo Mo ya perdido una vez, estaría haciendo todo lo posible para ingresar al programa. Tres días después de ese episodio, cuando por fin Li An volvió a dirigirme la palabra, me dijo que yo le había repetido lo mismo que su madre le dijo; la fastidiaba todo el tiempo con lo de dejar a Mo Mo fuera del juego.

—Y ¿sabes qué? —declaró con tono desafiante y todavía enojado—. He decidido darles la razón.

Desde entonces todo el mundo supo que Li An, instalada en la mesa estudiando todos los días, tomaba muy en serio lo del programa. Me dijo que también había dejado a su novio, a quien antes veía dos veces a la semana en secreto porque estaba prohibido tener pareja en el instituto.

Sonreí al pensar en aquellos días, cuando el autobús giró hacia una avenida amplia e iluminada. Los árboles a ambos lados, altos como columnas de un templo, pasaban hacia atrás a toda velocidad, entre cuyas hojas se filtraba el sol como chorros de vino dorado y los fragmentos de luz se proyectaban en el suelo, superponiéndose y mezclándose con las sombras de las hojas, como si se tratara de un tablero de ajedrez arrugado. Perdón, exagero, como tiendo a hacer siempre que intento escribir sobre algo ya pasado. Puede que el paisaje no se viera tan glorioso, pero me he dejado llevar por la alegría al recordar mi amistad con Li An y ello me

hace edulcorar lo que realmente presencié. Cuando el autobús llegó a la siguiente parada me bajé y fui hasta la estación de metro. Mientras bajaba por la escalera, la sombra me tragó poco a poco hasta que me sumergí por completo en el aire húmedo y viciado de la estación subterránea.

El día en que se publicaron los resultados de la Prueba de Clasificación para el programa, la directora de nuestro instituto, la señora Han, o Aunty Hanni, como insistía en que la llamáramos, pronunció un discurso en el que expresó su agradecimiento hacia mí por convencer a Li An de esforzarse, sin lo cual no habría conseguido ser admitida en el programa del convenio bilateral que le permitiría ir a estudiar en un afamado centro de estudios extranjero. Aparté mi rostro sonrojado, intentando ocultar mis ojos humedecidos, conmovida por las palabras tan amables dedicadas a mí por alguien a quien siempre había admirado.

No, miento, y en realidad ya por segunda o ¿tercera vez? No sabría decir si he dicho toda la verdad en este texto. La realidad es que no pude respetar a una directora tan impecablemente gentil e imparcial delante de sus alumnos, y que exigía a su hija eliminar a una compañera. Ni me gustó su agradecimiento. No se habrá imaginado que yo había ayudado a Li An más de lo que sabía y, al hacerlo, había herido a alguien a quien no dirigí la palabra desde entonces y que ahora iba a ver.

Aunque había varios asientos disponibles en el metro, permanecí de pie en un rincón, con la espalda pegada contra una cartelera del vagón bañada en la luz pálida y sombría que emitían los tubos fluorescentes. En el estruendoso ruido que hacía el metro se perdían los susurros de los pasajeros, quienes,

con las cabezas muy juntas, alzaban la voz en un intento vano para hacerse oír. Dicen que ese ruido, si se aumentara mil veces, podría dar la idea de lo que pasa en el cerebro cuando estás herido. Un estrépito contundente que te entumece el cerebro dándote golpes incesantes hasta que no puedes detectar ningún otro sonido. Sé que esto es verdad porque tuve una compañera que sufrió una conmoción cerebral y siempre la asocio con un rostro retorcido, con las facciones enredándose entre sí. Estábamos de pie en una plataforma esperando a que nos sacaran una foto, porque dentro de unas semanas, entre los alumnos que se habían apuntado al programa del convenio bilateral —esto es, Mo Mo, Li An y dos chicos aún más inteligentes y aplicados que ella— los que pasaran la Prueba de Clasificación ya no vendrían al instituto y no tendríamos otra oportunidad para tomar una foto en la que salieran todos. Una chica, sentada en una silla de ruedas por habersele amputado un pie tras un accidente, estaba en la primera fila al lado de Mo Mo y mío, cerca del borde de la plataforma. Estaba yo hablando con Li An, una fila detrás de mí, cuando oí un grito ahogado que, asustada, me hizo volver la cabeza. Con la mirada desenfocada, creí capturar un movimiento, borroso y fugaz, antes de ver a la chica caer de la plataforma y golpearse la cabeza contra el suelo.

Aquella tarde nos informaron que estaba grave, por lo que no podría ir a clase durante algunas semanas. El alboroto armado por el incidente tardó un día en mitigarse y los alumnos volvieron a comerse los libros de ejercicios que se apilaban en sus mesas como muros desgastados. Dos días después ya no se notaba ni una velada alusión al incidente, pero seguí esperando, aguzando el oído todo el tiempo, para tratar de captar detalles que pudieran confirmar lo que presencié. Y

nada. Estaba furiosa por la indiferencia de mis compañeros, pero aún más por mi propia duda pues, aunque tratara una y otra vez de recordar lo que había visto, sólo encontraba que, al igual que en las pruebas de comprensión auditiva, mientras más me concentrara y tratara de hacer memoria, más y más se tornaba confuso aquel momento en el que no me fijé bien, hasta tal punto en que se convirtió por completo en pura imaginación.

La chica del incidente regresó pero, debido a su lesión, apenas recordaba cómo había ocurrido su caída y estaba bastante extrañada porque, siendo alguien con discapacidad, siempre había tenido sumo cuidado.

Había oído decir que Mo Mo no se llevaba bien con la chica amputada, pues ésta le arrebató el Premio Nacional para los 50 Mejores Alumnos del Instituto, galardón que supuestamente había ganado justo por ser “una alumna vulnerable, de voluntad inquebrantable”, ya que, de otra manera, jamás habría tenido la capacidad siquiera de competir con Mo Mo en el estudio. A veces, al pensar en las palabras de la chica amputada, en su expresión de dolor y en el hecho de haber estado de baja por lesión —algo que los alumnos del bachillerato suelen evitar a toda costa para no perder clases ni tiempo de estudio— cada vez me convencía más de que no se había tratado de un accidente, pero cuando veía a Mo Mo explicando con paciencia a sus compañeros un problema matemático especialmente difícil, me avergonzaba por haber concebido la idea de que una estudiante tan brillante y amable, y entregada totalmente a la preparación para la Prueba de Clasificación, hubiera querido hacer pagar a una pobre chica que se había beneficiado de su estado desfavorecido.

No dije nada a Li An sobre este asunto, aunque de todas maneras no le habría interesado, pues estaba casi colapsada

por el examen venidero. Según el convenio bilateral, admitirían a sólo tres de los cuatro alumnos solicitantes, y todo el mundo sabía quién iba a perder, incluso después del milagroso viraje que se iba a producir en la actitud de Li An en relación con su estudio. Nuestra suposición hizo que no tuviéramos preparada una reacción digna cuando se anunció el resultado de la Prueba en el discurso de la directora Han. Nuestra respuesta fue un silencio helado.

Me bajé del metro para tomar otra línea; mi cabeza estaba a punto de estallar del dolor causado por el ruido del metro que seguía allí resonando. O quizá no era por el ruido, sino por la aguda sensación de arrepentimiento o de la despiadada culpabilidad. Li An me dijo que, entre todos los sentimientos del ser humano, la culpabilidad es el más ridículo. Es más ridículo incluso que el odio, pues es el odio contra sí mismo, una condena que te autoinfliges al creer haber cometido un error, cuando en realidad no lo has hecho. Sin embargo, yo no lo pensaba de ese modo. Para mí, la culpabilidad era un castigo justo, sin importar si había tenido mala intención o no.

¿Acaso habría podido justificarme si en el autobús no le hubiera cedido el asiento a la anciana, aunque la haya visto hacer un ademán de acercarse? ¿O podía haber dicho que no fue un error que, urgida por la indignación, mi antipatía hacia Mo Mo por mi amistad con Li An, en un momento de impulso escribiera una carta anónima a la chica herida, en la cual le comunicaba que alguien había visto a Mo Mo darle un empujón haciéndole caer del borde de la plataforma? ¡Vaya carta tan rebotante de certeza, con detalles que quizá yo misma nunca habré de saber si fueron ciertos o no!

Debió ser muy convincente lo que escribí. Al día siguiente los padres de la chica herida fueron al instituto y hablaron

mucho tiempo con la directora. Por la tarde llamaron a Mo Mo a su despacho y, dos días después, se descubrió que, por haber cometido una falta grave, habían rechazado la solicitud de Mo Mo para el programa del convenio bilateral.

Debí haber seguido en el metro, pero no pude más con el ruido, ni con el encierro, ni la atmósfera sombría que amenazaba con sofocarme. Me decidí a cubrir el resto de la distancia caminando, por lo que tardaría media hora más. No importaba. Cuando hablé con Mo Mo por *WeChat* me dijo que permanecería en casa todo el tiempo.

—No hay prisa, ven cuando estés lista.

Esperaba que hiciera sol, pero cuando salí de la estación subterránea me topé con un cielo nublado que me hizo dudar si el buen tiempo que disfruté cuando estuve en el autobús no había sido más que producto de mi fantasía. De vez en cuando se levantaba un viento tan suave como el agua tibia, que es para los chinos el gran medicamento sagrado capaz de curar cuantas enfermedades existan. Quizás esta creencia se deba a la fuerza de adaptabilidad del agua —elemento que por su estado líquido es inquebrantable— y a la temperatura que, al no ser ni calurosa ni fría, tranquiliza.

No tenía por qué sentirme nerviosa, pues no hubo manera para que Mo Mo se enterara de quién había filtrado la información a la chica herida, aunque recordaba que de vez en cuando había creído sentir resentimiento en los ojos de Mo Mo cuando ella me miraba. Tampoco supieron los alumnos por qué le imputaron una falta grave. Todos especularon que habría hecho algo deshonesto que no quisieron que se conociera, ya fuera para proteger a la alumna o la reputación del instituto.

A veces yo llegaba a creer que el castigo se debió a algo totalmente ajeno a lo de la chica herida, a algo más que Mo Mo había hecho. En todo caso, no protestó por la condena,

lo que podría entenderse por el reconocimiento que hizo de su fechoría; o quizá, inteligente como siempre había sido, sabía que no habría servido para nada defenderse, pues ya la directora Han tenía toda la intención de excluirla del programa, a ella, la que de entre los tres solicitantes, era la más capaz. Ello tal vez evitaría sospechas si su hija llegara a superarla. Si no le hubiera hecho esta imputación habría buscado cualquier otra excusa creíble, aprovechándose de su cargo de directora, aun cuando Mo Mo no hubiera hecho nada.

Eran puras especulaciones. Un pobre intento por recuperar lo pasado, algo fugaz e ilusorio como la ensoñación, que no se conserva sino a través de la narración, el mecanismo más enigmático y falaz que jamás haya existido.

Ya estaba cerca de donde vivía Mo Mo. Me había dicho por *WeChat* que ella y su novio habían alquilado una vivienda. Se iban a casar el próximo año a pesar de que acababan de graduarse de la universidad. Habían montado un negocio en línea que le permitía a ella trabajar en casa y estar con su novio. Y, contrario de lo que yo esperaba, no tenía plan de solicitar un máster, pues dijo que lo de estudiar en el fondo siempre la había fastidiado. Cuando estábamos a punto de terminar la conversación me preguntó de repente por qué quería verla. En un momento imaginé oír en su tono, calmado y cortés, una pregunta implícita: ¿quieres venir a preguntarme en persona por qué me pusieron la falta grave?

Le dije la verdad.

—No nos hemos visto desde hace mucho y me gustaría una pequeña reunión para que habláramos de la vida que llevamos ahora.

Y no miento o, mejor dicho, no me dejo engañar por la imaginación o la confusión de la memoria, como he hecho varias veces mientras escribo este texto.

Ella me respondió con una risa sonora.

—¡Pues ven! Te preparamos algo para comer.

Y la vi. Antes de entrar al edificio de su departamento, levanté la mirada y ahí estaba, sentada en el balcón al lado de un hombre apuesto, con quien hablaba mientras pelaban unas naranjas. Por sus expresiones y la conversación que mantenían en susurro se deducía que juntos se sentían completos. En ese momento supe que lo que había dicho sobre lo fastidioso que le había parecido estudiar, lo dijo en serio. Todo lo pasado, la competencia, las infinitas horas dedicadas al estudio, se veía ahora eclipsado por la presencia del hombre que había encontrado, una preciosa alma con quien quizá no se habría cruzado nunca si no hubiera sido por un viraje en la vida.

Ella se agachó para liberar, del freno de la silla de ruedas donde estaba sentado su prometido, una punta de la manta que le cubría los muslos y las rodillas. De esa manta asomaba sólo una pierna. Luego, ella se irguió y las miradas de los dos se encontraron. Rieron en voz baja y suave.

Entré en la puerta del edificio y subí las escaleras.

LA FRONTERA

Zeng Leyi

1

No creía en lo del flechazo.

Fue él, el que me detuvo con su voz, su melodía de guitarra. Estaba yo en camino al gimnasio de la Uni.

El lugar donde todo empezó fue en la Universidad de Estudios Extranjeros de Beijing. Soy una simple universitaria del primer curso de la carrera de Filología Hispánica, por eso todavía me cuesta entender lo que dicen los argentinos, los cubanos, los chilenos... Si bien me hablan con velocidad normal, siempre me falla el oído por los ruidos de mi entorno y mi cabeza me traiciona diciendo “qué impotente eres, que con seis años de aprendizaje sólo entiendes unas cuantas palabras como el pelo de cualquier monje. Sin embargo, me encanta el idioma”.

Fue *Photograph* de Ed Sheeran, una canción de la que sólo recordaba la letra del estribillo, aunque todo el resto fuera igual de bonita. Grabé un video corto y en éste se oía mi voz estropeando la suya. No me arrepentí de haber cantado mientras grababa, porque si no me habría sentido lejos de la escena, ausente de nuestro mundo. Lo importante era que me sentía más a su lado. Me limité a detenerme, grabar un video de sólo un minuto, canturrear y fijarme en él. Todo eso ocurrió en no más de tres minutos, luego me apresuré a ir al gimnasio.

No hacía frío como ahora: llevaba una camiseta gris sin estampados, los pantalones ni cortos ni largos le llegaban hasta las rodillas, los calcetines oscuros le cubrían los tobillos y los tenis estaban un poco manchados, pero combinaban muy bien con su conjunto. Tenía el cabello marrón, un poco rubio. El aspecto de un hermano mayor que sabía cuidar muy bien a sus hermanitas aumentó aún más mi afecto hacia él. “Será un milagro que tenga un amigo como él”, pensé. Fue el 21 de septiembre, cuando me lo encontré por primera vez.

2

Quiero primero hablar de mi llamado primer amor, pero desde mi actual punto de vista, considero que ese amor es sólo cariño, poca madurez, mucha pureza.

“Es puro juego de niños, pues todos ustedes quieren formar una familia imitando a los mayores, eso es lo que tú llamas el primer amor.” Estoy cien por ciento de acuerdo con mi madre. A ella le cuento casi todas mis vivencias. Para mí, es como una amiga íntima a quien puedo contarle mis dudas, mis lástimas, mis enojos, mis alegrías... Claro que no le cuento lo que considero inadecuado, pues es imposible que ella acepte todos los valores actuales siendo una simple ama de casa que chismorrea con todas las otras personas que viven en un barrio de tamaño muy reducido. El precio de la carne, el aumento del salario, la mala administración de no sé qué, que el fulano se ha ido con una zorra dejando a toda su familia... Comentan todo de todos, incluso lo que les ha pasado a sus propios hijos, ya que lo toman como un tema interesante para conversar con otros padres. Parece una contradicción: sé

perfectamente lo que pasaría si le contara mi historia a mi mamá, pero no puedo resistir el ansia de contársela. Pero esto no les pasa a todos los de mi edad, teniendo en cuenta que la mayoría de los padres son mucho más conservadores y severos que mi mamá. Es necesario aclarar la definición de liberal. Comparado con los occidentales, los padres chinos son, sin duda alguna, conservadores. Sacar un condón del bolsillo y enseñar a los jóvenes cómo usarlo es algo extremadamente atrevido. Es muy curioso que ellos esperen que los hijos sepamos todo, aunque nada nos han enseñado. Nunca he escuchado la palabra sexo de la boca de mis tantos familiares, ni otra que tenga algo que ver con esa, nunca. Aunque mi mamá es relativamente liberal, evita lo más posible hablar del tema.

Estaba todavía en el bachillerato. Con sólo doce años, uno no distingue el cariño del amor. El chico me dejó una impresión muy especial el primer día de clases, su sonrisa me parecía una melodía que se repetía en mi sangre durante todo el día. Los chicos de dieciocho años rebosan de energía. Aprovechando el menor instante dan patadas a cualquier cosa que no les dañe los pies; las botellas vacías de plástico y las tapas son las preferidas. Incluso con esta adicción irremediable, no hicieron ostentación de sus habilidades y técnicas en ninguna final de fútbol. No obstante, hayan sido como hayan sido los resultados de los partidos, la pasión por el fútbol nunca disminuyó. Él, como todos mis otros compañeros, dedicaba sus recreos al entrenamiento. A lo mejor el afán apasionado te parece un poco ridículo. Estoy segura de que mi manía de presenciar todos sus partiditos fue una locura absoluta. Además de eso, ahorraba mis monedas para comprarle pastelillos y los metía en su cajón de pupitre. Los paquetes de los pastelillos los dibujaba con esmero, aunque eran sólo caras sonrientes que cualquiera puede pintarrajear.

Primero le confesé mi sentimiento, pero antes de exponerle mi corazón, me propuse elevar mis téticas notas y para ello me exigí figurar en la lista del *top 50* de los mejores estudiantes del curso. Es muy curioso que, para beneficiarse, uno relacione un objetivo con algo completamente ajeno, pero no todos son capaces de hacerlo de una manera tan positiva. Quería quebrantar la idea de que el sentimiento amoroso y el estudio no son dos hijos herederos del mismo padre. No sabiendo querer, aquellos sin experiencia nos sumergimos en nuestros mundos imaginativos y los echamos a andar dentro de los límites de la mente. Pensamos que hemos sacrificado tanto, que los amados han de darse cuenta. La verdad es que no hemos hecho nada que cuente. Las constantes miradas, el rubor de las mejillas, los llantos mudos, la suspicacia, los dramas que se hacen revolviendo la mente y el corazón... todo esto no lo perciben los demás a quienes no les importamos. ¡Qué egoístas! ¡Qué gracioso! Todos estamos en el mismo mundo, pero creamos uno nuevo que gira a su propia manera. Lo que se debe hacer no se hace y, aun así, esperamos una respuesta afirmativa.

No obtuve una respuesta ni afirmativa ni negativa, puesto que ni siquiera le planteé la pregunta: “¿Sería posible que fuéramos novios?” En caso de haberla hecho, sin duda alguna la respuesta habría sido negativa. “Gracias, ya lo sé”, respondió a “Te quiero” (en chino y de una forma un poco más reservada). No me sorprendió, ya lo había supuesto, pues me había imaginado casi todos los resultados posibles. No fue cruel, pero fue lo suficientemente obvio para que me deprimiera por más de un año. Lo que más me acongojó no fue el rechazo encubierto, sino que nuestra relación de repente se tornó tensa. Pensé que nunca volveríamos a ser amigos.

Para algunos, las noches son para la fiesta. Se desborda la animación, el relajo, los deseos, los gozos y las salvajadas. Los cuerpos suben y bajan, las cabezas vacilan, los pies rozan millones de veces el suelo, las emociones se liberan, todo al son de la incesante música ensordecedora pero aceptada. Para otros, las fiestas son melancólicas. Las luces fluorescentes y multicolores que adornan la ciudad bulliciosa no son sino patéticos esfuerzos humanos bajo la infinita oscuridad que, sin ser descubierta, observa cada movimiento nuestro y, luego, en el momento perfecto, nos devora.

Uno no se atreve a dar pasos por el miedo a ser rechazado. Pero hay que reconocer que, sabiendo el resultado, uno lo superará, aunque quizás el proceso dure mucho y, sin duda alguna, dolerá.

Más dedicación al estudio, menos atención a los estúpidos juegos de los chicos. Más concentración en mí misma, menos consideración a los que no supieron apreciar la delicadeza con que se les trató. Logré que pusieran mi foto de óvalo junto con las de otros nueve estudiantes, que sacaron las mejores notas. Ahora pienso que gané mucho más de lo que perdí. No está mal.

3

Suena la más agradable y más deseable melodía en la Uni: la del descanso. La corriente humana, casi sin intervalos, se vierte en el comedor. La comida satisface los anhelos de los estudiantes, secados por el cansancio, pero al mismo tiempo bien nutridos de conocimiento. En la tercera planta y en la subterránea se ofrecen platos típicos de diferentes regiones

de China y también de Corea, porque hay muchos coreanos aquí y los platos son fáciles de preparar. En cambio, la comida de la primera y la segunda planta no tiene nada especial. Ya me he acostumbrado a comer en la primera planta, pues la subterránea siempre está tan llena que uno ni siquiera puede respirar. Hoy no es la excepción, yo, sola, aquí.

El tiempo pasa volando. Todavía me considero muy chica, pero he cumplido ya los dieciocho años. Casi puedo sentir cómo cada segundo pasa por los resquicios de los dedos. Apenas intento reflexionar y el tiempo ya pasó.

Es como si él estuviera allí, donde estuvo la segunda vez que lo vi, casi veinte días después de la primera. No estaba cien por ciento segura de que fuera él, pero me daba la impresión de que sí. Llevaba gafas con monturas delgadas, por eso se me dificultó identificarlo. Su adecuada forma de vestir, acompañada de las gafas, daba a entender que era un buen estudiante y que tenía un gusto refinado.

Tuve muchas ganas de acercarme a él, pero titubeé por timidez y también por la distancia entre nuestras mesas. Cuando volví a armarme de valor, se sentó junto a él una chica china. Ella tardó un poco en pedir comida. Por fortuna, eso me dio oportunidad para hablarle al chico. ¡Oh, qué embarazosa situación! Da vergüenza confesar que él escuchó atentamente todas mis palabras. Quería saber de dónde venía y qué le interesaba. Él me respondió con unas cuantas palabras. Sin embargo, me quedé emocionada porque hablaba chino. ¡Sabe hablar chino! ¡Y parece que no mal!

Como había terminado ya la comida desde hacía mucho y los estudiantes se precipitaron a encontrar un sitio en el comedor para terminar lo antes posible el almuerzo y luego acudir a la clase de la una (¿cómo se les ocurrió a los directivos empezar clases a la una?), me vi obligada a levantarme de

la silla a la que estaba tan adherida que me costó desprenderme de ella.

El colegio mayor para los estudiantes de intercambio y el mío quedan a pocos pasos del comedor. Cuando subía por el ascensor, miles de pensamientos pasaron por mi mente y uno destacó: “¿por qué me fui con tanta rapidez?” Me arrepentí. “¿Cuándo y dónde volveré a cruzarme con él?” Me apresuré a dejar en la cama las cosas que tenía en la mano, me pinté los labios y salí.

“Sólo por el destino me volveré a encontrar con él.” ¡Qué dramática! En una universidad de tal tamaño uno puede encontrarse con cualquiera. Le pediría su cuenta de *WeChat*.

Di un giro y ahí estaba él, de camino a la residencia y sin compañía. Me quedé aturdida, con el cerebro como una roca. El lapso que duró aquel instante me pareció muy largo, mucho más que los veinte segundos que duró en realidad. No me había imaginado que de veras volvería a verlo. Entró en el edificio. Me fijé en la parte trasera de su cuerpo hasta que desapareció. Dejé pasar frente a mí una excelente oportunidad. “La suerte hará que nos reunamos. No seré cobarde la próxima vez.”

4

Tengo muchos amigos, pero pocos íntimos. Reconsiderando, a lo mejor no tengo ninguno de verdad íntimo. La soledad me ha acompañado desde hace mucho. Una puede hacer sola muchas cosas de manera eficiente sin necesidad de considerar los planes y los sentimientos de otros. Me siento libre y tengo dominio de mí misma, pero de vez en cuando me siento muy

sola, más cuando veo pasar a varias parejas coqueteando, riendo y disfrutando cada momento el uno del otro. Con el tiempo, es cada vez más difícil tener verdaderos amigos. Amigos superficiales son los que tiene la gran mayoría. Nos sirven para gastarnos bromas, para parecer que no estamos tan solos, para despejar temporalmente la mente y disimular la verdad de que sólo somos individuos muy diferentes y apartados entre sí. Preferimos callar los problemas y los secretos, no mostrar nuestra melancolía ante ellos. Mis amigos que en realidad merecen tal título han sido mis compañeros desde hace seis años. Nos conocimos en la adolescencia, una etapa de pureza e ingenuidad. Con el trato de cada día, nos conocíamos más y más profundamente hasta llegar a tener nuestro propio sistema de lenguaje, nuestro humor y forma particular de tratarnos. Como cada uno entró a diferentes universidades nos hemos dispersado.

Algunas veces he querido entablar amistades estrechas. Observaba los gestos, las expresiones faciales, los cambios sutiles y escuchaba con atención lo que decían y respondía lo que les daba gusto escuchar, a fin de hacerlos sentir cómodos y contentos cuando estaban conmigo. Pensaba que la dedicación y los sacrificios eran la clave. Ignoraba mis propios sentimientos e invertía casi toda mi energía en alegrarlos. Pero todos me decepcionaron. Aunque todos decían que se sentían muy cómodos y relajados cuando estaban a mi lado, nunca recibí tratos como me hubiera gustado y casi todos sólo se concentraban en sí mismos. Era y todavía soy sensible, muy sensible. Pocos pueden prestar atención a las necesidades de los demás. La gran mayoría de nosotros somos egoístas. Alojaba la ilusión de que podrían tratarme como yo a ellos, por lo menos en cierto grado. Las amistades estrechas que me imaginaba eran sagradas y venenosas.

Todo esto no quiere decir que me escondo en mi concha sin tratar a la gente. Sólo que estoy cansada de invertir tanto tiempo en las relaciones.

Con quien me junto últimamente la conocí hace medio año. Se llama Laura. Se especializa en inglés y somos de la misma Uni. Lo habla muy bien y puede imitar cualquier acento de cualquier idioma. Recuerdo muy bien cómo pronunciaba *This is super awkward* con el tono de la mismísima Kim Kardashian. Según lo demuestran los sinfines de *selfies* de su cuenta de Instagram, ella es una chica muy segura de sí misma. Sin embargo, es muy sensible. A lo mejor todas las chicas enamoradas son sensibles. Está en una relación amorosa a distancia, a una distancia como la que separa Asia de América. Esta relación ha durado más de un año, una duración mucho más larga de lo que me hubiera imaginado. A pesar de las diferencias, los problemas y las discusiones, se aman siempre y parece que por siempre.

Los padres de Laura se divorciaron. Ella vive con su madre, que tiene una mente anticuadísima. Se aferra en mantener a su hija a su lado hasta la muerte. Por eso y otras ilógicas razones, es firme partidaria de la separación de la pareja. No la considera como una hija, una chica de apenas dieciocho años que necesita el amor y el apoyo de los padres, sino como una garantía para el futuro, una compañía como cualquier mascota e, incluso, una enemiga de quien no puede alejarse, pues no tendría en quién verter su rencor. No quiero ser muy crítica ni mucho menos exagerar e inventarme lo que pasa en otras familias, todo esto es lo que ella me ha contado. Además, todas las familias tienen *sus* problemas.

No sé muy bien lo que siento cuando estoy cerca de mis padres: si es odio, fastidio o temor. Las reuniones familiares son lo último que quiero. Mis padres y yo, juntos a la mesa...

de sólo pensarlo una corriente helada me inunda. Silencio, indiferencia, nada de expresiones faciales. El silencio es lo mejor, todos los intercambios se convertirán en reproches, discusiones, portazos y, por último, silencio. Confieso que soy yo la que siempre da los portazos. Antes era más rebelde, pero al percatarme de que no resultaría más que en una discusión aún más fuerte e incluso en patadas y bofetadas, preferí encerrarme dentro de las cuatro paredes de mi cuarto y aprendí a olvidarme de lo ocurrido lo más pronto posible. Hay momentos tranquilos, pero muy pocos.

Somos ya adultas, lejos de los hogares, casi libres de los problemas familiares. Alivio.

5

—¡Qué bien! ¿Has conseguido ya su *WeChat*? —Laura parecía mucho más emocionada que yo con lo de los chicos.

—No. Me paralicé —moví mi cabeza de un lado al otro con un gesto de frustración.

—¡Uf!, menos mal que todavía tienes oportunidades. ¿Recuerdas al *bartender* ese del *izakaya*?

Viajamos juntas a Japón aprovechando las vacaciones de verano. Cenamos *okonomiyaki* y pescado crudo con bebidas alcohólicas de frutas en un *izakaya* cercano a nuestro hotel. Desde donde me senté se observaba muy bien la barra y la cocina. Un cristal nos protegía del humo de las brasas y del olor seductor de la carne asada que cambiaba de color.

Nos atendió primero un camarero que no sabía hablar inglés. Queríamos preguntar algo sobre el menú, pero era difícil

el intercambio. El mozo nos sonrió y nos enseñó el dedo índice, como diciendo “esperen un minuto por favor, señoritas”. Se fue y poco después vino otro mozo, muy encantador y con una sonrisa deleitosa. Claro, éste hablaba inglés. Parecía tener sólo unos años más que nosotras. En Japón, los universitarios tienen mucho tiempo libre para trabajar y ganar unos centavos. Las preguntas y las respuestas fueron compuestas por palabras claves en vez de frases fluidas. Cometimos unos errores graciosos y tuvimos una “conversación” muy agradable.

—Es muy simpático —le dije a Laura después de que se marchara el chico—, además es guapo.

—Entonces díselo —ella sonrió con malicia. Me puse roja.

—¿Estás loca o qué? Además, está en la barra trabajando, ¿cómo se lo voy a decir? —el chico estaba sacudiendo la botella para hacer bebidas.

—Imbécil.

Cuando él vino otra vez a servirnos, Laura tecleó algo en su celular y se lo mostró al chico. Después de leerlo, el chico me dirigió una sonrisa que supe de inmediato era verdadera y me dijo *thank you*. Me sorprendí y me llené de dudas.

—¿Qué le dijiste? Te juro que no te voy a matar.

—Nada, lo que dijiste.

—¿Qué?!

—Que piensas que es guapo.

Mis ojos se me salieron de su lugar y me quedé boquiabierta.

Comimos muy despacio y nos quedamos allí un buen rato. Cuando salimos del *izakaya* y habíamos caminado varios pasos, oímos el tintineo de la campanilla colgada en la puerta. Él corrió hacia nosotras con una cestita de caramelos. Estaba tan cohibida que ni siquiera me atreví a mirarle los ojos. Tomé rápidamente un caramelo y le di las gracias. Escuché mi cora-

zón latir tan fuerte como un tambor. Sentí su mirada clavada en nuestras espaldas cuando nos marchábamos.

El caramelo fue de sabor limón.

—Claro. ¿Cómo lo voy a olvidar? Pero esta vez es algo diferente, es... es mucho más fuerte. No sé...

—Pues ¡anímate, nena! —apoyó su brazo con todas sus fuerzas en mi hombro, casi me caí.

“Sí, la timidez no hace ningún favor”, me dije para mis adentros.

6

Los días pasaron.

Ya no esperaba que pudiera reencontrarme con él. La sorpresa siempre es mayor cuando uno ya no espera nada. Estaba haciendo cola para pedir comida. Dejé la fila donde estaba formada y me dirigí hacia él.

Tres metros. Respiré hondamente. Dos metros. Una paz inesperada me acarició por dentro. Un metro. Levanté mi brazo con el propósito de saludarle, pero en ese instante, unos compañeros lo llamaron y él giró la cabeza hacia otro lado, no hacia donde yo estaba. Se dijeron algunas frases en un idioma desconocido para mí. Entonces cambié la dirección del movimiento de mi brazo, lo llevé hacia mi cabello y disimulé alisarlo un poco. El intercambio con sus compañeros fue corto. Cuando “los intrusos” se fueron, volví a armarme de valor.

—Hola —dije en chino. Como estábamos bastante cerca y clavaba mi mirada en sus ojos, era imposible que no supiera que la palabra fue dirigida a él.

—Hola —me respondió con cierta sorpresa.

—Tengo muchas ganas de conocerte. ¿Podrías darme tu *WeChat*? —no le tembló la voz ni evadió mi mirada. ¡Vaya determinación!

—Claro —sacó su celular del bolsillo de los pantalones ni flojos ni apretados. Tras unos tecleos, me enseñó su código QR. Mientras yo lo escaneaba, él pidió la comida a la mujer regordeta del comedor.

—Solomillo de cerdo agridulce, dos huevos fritos y cogollo frito con ajo picado.

—Ya está.

—¿Comes aquí? —cogió el plato.

—Sí.

—Bien. Te sigo —fuimos hacia una mesa. Sólo quería agregarlo al *WeChat* y no pensé que propondría comer juntos. Conocerlo fue mucho más fácil de lo que imaginé.

Se sentó frente a mí. Tenía los ojos color marrón claro. El marco de las gafas era del mismo color, pero más oscuro. Las pestañas eran tan largas que parecía que los cristales de sus lentes le estorbaban al pestañear. El tatuaje de una palabra rusa destacaba debajo de la muñeca derecha. Un arito en la oreja derecha y un alfiler en la izquierda, peculiar. Sus dedos largos y derechos estaban decorados con tres anillos metálicos. Parecían comprados en las ferias artesanales.

Usaba los palillos con destreza, lo que me impactó. Me explicó que su familia a veces iba a unos restaurantes japoneses, por lo cual los había usado varias veces. Hablaba un poco despacio e interrumpidamente, pero para ser extranjero hablaba bastante bien el chino. Me preguntaba o me miraba desconcertado cuando no entendía lo que le decía. Se lo explicaba lo mejor posible.

Cuando salimos del comedor, me abrió la puerta, lo que los chicos de mi entorno no harían. Creo que nunca han considerado si es necesario hacerlo o no. Este pequeño gesto mostró cortesía. “Es un caballero”, pensé. Le di las gracias y una sonrisa. Sentía una alegría inexplicable por dentro.

Las hojas marchitas bailaban con el viento. Todo parecía dorado y pregonaba una buena cosecha.

7

En nuestro *dorm* habitamos seis chicas. Las seis somos de diferentes provincias distribuidas de norte a sur por todo el este de China. Como China es grandísimo, la gente se diferencia en cierta medida. Muchas provincias tienen sus dialectos. La mayoría de éstos se parecen mucho al mandarín, sólo cambian de tono y algunos usos. Sin embargo, en el dialecto de mi provincia, Guangdong, casi no se puede hallar ninguna huella del mandarín. En cuanto a la gastronomía, en mi provincia se come ligero, poco aceite, poca sal, todo poco. En cambio, en muchas otras provincias se come más fuerte, especialmente en Hunan, Hubei, Sichuan, Chongqing... donde el picante es indispensable en casi todos los platillos. Puedo enumerar muchas diferencias más, pero con esto basta para saber que existen diferencias culturales dentro de China. Para mi sorpresa, mis compañeras y yo no somos tan diferentes y todas me caen mejor que bien.

Las seis estamos en un grupo de *WeChat*. Compartimos chistes, imágenes y videos graciosos y pocas veces hablamos de cosas aburridas, por ejemplo, de la fecha límite para inscribirse a las clases públicas.

Las “tertulias” siempre terminan antes de las once y media de la noche, no porque queramos hacer vida sana sino para que, al día siguiente, no nos quedemos como pescando en la clase de las ocho.

Esa noche no charlé con las chicas, pasé casi dos horas con mi celular enviando mensajes y esperando los suyos. Le expliqué las formas de trato entre los jóvenes de China y muchas otras cosas más. Parecía que los temas nunca se agotarían. Me animé a preguntarle si estaría libre al día siguiente después de la clase y si podríamos probar unos platos típicos de China. “Claro, muy bien, ¿cuándo nos vemos?”, me respondió. Chillé.

—¿Qué te pasa? —una chica me preguntó con curiosidad.

—¡Está de acuerdo con que cenemos juntos mañana fuera de la Uni!

—¡Dios mío!

8

Las clases me parecieron tan largas y atormentadoras que no pude concentrarme ni por un minuto. Por fin terminó la última, me apresuré al *dorm* para arreglarme. Corrector, base, sombras de ojos, delineador, rímel, colorete, bilé. Me cambié de ropa: un vestido de color azul marino que me llegaba un poco arriba de las rodillas y una chaqueta de pelo artificial. Ricé el pelo, me eché encima un poco de *spray* y me puse una boina cuyo color combinaba con mi vestido. Me examiné de arriba abajo frente a un espejo que se ha usado desde hace mucho. Todo ya quedó perfecto. Salí del *dorm*.

Lo esperé sentada en el banco donde nos quedamos de ver. El viento atacaba mis piernas desprotegidas. El vestido fue una mala opción, pero la belleza tuvo su precio. Llegó la hora acordada, no apareció. Tuve un pésimo presentimiento. La imagen perfecta que tuve de él se quebraría en mil pedazos si no había una razón aceptable que explicase su ausencia. Con cada segundo aumentaba mi angustia. Grupos de gente salían de la Uni, riendo y charlando para disfrutar una vida diferente. Yo, no queriendo parecer nerviosa, bajé la cabeza y examiné los mensajes.

—¡Hola! Lo siento. La profesora me asignó unas tareas después de la clase y acabo de terminarlas —venía hacia mí con los brazos bien abiertos, parecía que estaba esperando un abrazo de saludo.

—¡Hola! No hay problema. ¡Vámonos! —me asusté un poco. Según nuestra costumbre, no nos abrazamos cuando nos encontramos, sólo damos un saludo verbal. En China, un abrazo entre dos personas de diferente sexo puede significar mucho. Sin embargo, sin pensar en nada, con la mente en blanco, lo abracé. Aunque fue momentáneo, sentí el corazón tibio como si el sol traspasara mi piel y mi carne, y llegara hasta allí.

Cuando nos sometimos al arco de seguridad antes de entrar en el metro, vi que la empleada lo miró con curiosidad. Muchas miradas lo siguieron. Su estatura alta y su pelo claro lo destacaban entre la multitud.

En el restaurante, no se sentó hasta que yo lo hice primero. Aquí en China, pedimos varios platillos y los compartimos. Pensaba que él ya conocía la costumbre. Al saber que podía comer cualquier comida menos la picante, pedí un plato de ternera y uno de verduras. Tras leer muy bien el menú, pidió sólo arroz frito con marisco. La cena empezó a la ma-

nera como se hace según dos culturas diferentes. Él se focalizó sólo en el plato que pidió, no probó nada de ternera o verduras. En un principio no me di cuenta de que probablemente no supiera que aquí se comparten los platillos, por eso pensé que no le había gustado lo que pedí.

Le expliqué nuestra costumbre de compartir los platillos y él a mí, la suya. Hablamos también de los estereotipos. Al escuchar la palabra ruso, imaginé a un hombre corpulento, con una mirada seria y matadora, que usa una gorra militar de pieles, con una botella de vodka en la mano derecha y un cigarro en la otra. Él se lamentó por la imagen tan estereotipada que tenemos de sus compatriotas. En cambio, no todos nosotros llevamos sombrero de paja, con una toalla puesta sobre la nuca y la parte de abajo de los pantalones enrollada hacia arriba.

Se ofreció a pagar la cuenta. Cuando salgo con mis amigos, siempre pagamos entre todos. Más tarde supe que según la costumbre occidental, los chicos pagan en la primera cita. Ocurrió que él levantó la cabeza y en ese momento nuestras miradas se entrecruzaron. Él parpadeó. Me sentí como atacada por un relámpago, una corriente eléctrica me corrió por todo el cuerpo.

“Con mariposas en el estómago” es una descripción precisa.

9

Manzhouli es frontera entre China, Rusia y Mongolia interior, por donde todo el tiempo van y vienen trenes y automóviles cargados de mercancías. Mirando hacia la dirección china, un puerto gigante de color blanco lechoso con una

bandera flotando encima muestra la firmeza, la grandeza, la audacia y la fortaleza de su pueblo. Conozco poco la religión ortodoxa, por eso sería mejor que no comentara nada sobre su arquitectura. Las diferencias coexisten mientras chocan. Todo está tan cerca entre sí pero, al mismo tiempo, parece todo muy lejos.

—Siempre hace muy mal tiempo en Rusia. Creo que por eso la gente está deprimida, siempre con una cara muy seria —sentados en el césped artificial del campo de futbol, bajo el sol brillante, disfrutamos del descanso corto entre las clases.

—Sin embargo, no hay esmog allí. El esmog de Beijing es un verdugo. El otro día al mirar hacia afuera pensé tener cataratas. El aire es mucho mejor en mi ciudad, Shenzhen.

—Eso también es verdad. Muchos de mis compañeros prefieren estudiar en otras ciudades chinas de intercambio.

—Aquí está muy seco, no nieva. Tengo muchas ganas de ver la nieve cubrir todo de blanco, de lanzar bolas de nieve y hacer un muñeco. Como nací y crecí en una ciudad de zona subtropical, nunca he visto la nieve.

—En algunos pueblos rusos, en invierno la nieve puede llegar a mi cintura. La nieve no es tan buena, sobre todo cuando se descongela.

—Nunca la he visto. ¡Cuánto echo de menos Shenzhen! ¿Querías visitarla durante las vacaciones?

—...

—¿Quieres que te ayude a llevar la mochila? Parece que pesa mucho.

—Será mejor. ¡Muchas gracias! Eres muy amable —ninguno de mis amigos se había ofrecido a ayudarme con la mochila, estuve muy agradecida y alegre.

—¿Sabes qué? Que en Rusia, cuando le hice la misma pregunta a una amiga mía, me reprochó diciendo que no la respetaba, que ella podía hacerlo sin ayuda, sobre todo, la de los hombres.

Nunca había considerado que ayudar a las chicas con las cosas pesadas fuera un insulto a su fuerza. Yo, en cambio, lo consideraba muy caballeroso, como una muestra de consideración, que muy pocos chicos harían. En cuanto al feminismo, descubro una gran diferencia: muchas de las chicas chinas queremos más empoderamiento y menos obligaciones.

—Veo que ustedes prestan mucha atención a lo de comer —me dijo un día en un restaurante.

—A lo mejor es porque sufrimos hambre años atrás. El comer bien ya se ha convertido en un indicador de la vida acomodada.

—¿Y gastan mucho en comer fuera? En Rusia no solemos quedarnos en un restaurante. Comemos cada uno en su casa y luego llevamos alcohol al lugar acordado. No lo pedimos en un bar, es muy costoso.

—A decir verdad, no tenemos muchas actividades divertidas. Las chicas solemos ir de compras y a comer juntas. Los chicos juegan al baloncesto o al fútbol y luego van a la barbacoa.

—Si no hago más ejercicio, engordaré sin duda alguna, es que todo sabe delicioso, pero es muy grasiento.

—No estoy totalmente de acuerdo con lo de grasiento. Hay platos grasos pero también hay muchos que son muy ligeros y saludables. Nunca he probado la comida rusa, pero tampoco tengo ganas.

—Necesito algo dulce de comer para acompañar este té con leche —se había vuelto adicto a esa bebida muy popular en

China, la puedes ver de tarde y noche en las manos de casi la mitad de la gente en la calle, pero esta bebida todavía no se ha extendido a Rusia.

—¿Qué te parece *jidanzai*, que es tarta de huevo? —es un postre proveniente de Hong Kong. En las grandes ciudades de China, uno puede probar la gastronomía de diferentes lugares.

—Suena bien. Tengo la costumbre de comer postre. Veo que aquí no están muy habituados a esta delicia.

—No está bien que coloques verticalmente los palillos en el arroz. Parece que estás quemando incienso. Es muy irrespetuoso.

—Lo siento —recolocó sus palillos—, en Rusia también se ve muy mal colocar tus codos sobre la mesa durante las comidas.

Estaba apoyando mi barbilla en las manos. Al oír sus palabras, dejé los brazos sueltos al lado de mi cuerpo.

10

Con él, el tiempo se iba volando. Todo lo que hacía con él parecía tan distinto a lo que había hecho sola. Descubría cosas interesantes y especiales de las que antes no me había dado cuenta. Compartíamos nuestras similitudes y discutíamos nuestras diferencias. Estaba más parlanchina, más alegre y más abierta. Sentía nuestra amistad crecer cada día y no sabía cuál era su límite, no sabía si saltarlo y tampoco cuándo podría hacerlo.

La idea de confesar mis sentimientos enmarañaba mi mente. Vacilación, deseo e inseguridad. Odiaba esa sensación tan perturbadora.

“Sólo me quedo aquí por un año. Volveré a Rusia el próximo verano.” ¿Y qué? Dijo que le gustaba mucho China y si encontraba algún trabajo aquí, se quedaría.

“La amistad es algo que aprecio mucho más que el amor. Cuando dos personas se hacen novios, esperan mucho más y nacen los conflictos y las peleas.” Puras excusas para esquivar los compromisos. Dicen que los chicos no elegirán la estabilidad hasta cierta edad, y los chicos occidentales, hasta una edad aún mayor.

“Hace poco mi exnovia y yo nos separamos porque ambos pensamos que es muy difícil mantener la relación a distancia. Fue mejor que la suspendiéramos.” Suspender, ¡qué moderno y original es el verbo usado para una relación!

“¿Sabes lo de la relación libre? ¿No es popular en China? He experimentado una.” Si uno de verdad quiere a otro, ¿cómo es posible que mantenga una relación así?

El enamoramiento es sólo un impulso, un sueño, una imaginación, un ataque fuerte al corazón mientras endulza la vida. Es algo químico y algún día se apagará. Algunas veces se logra mantener, entonces se convierte en amor. El amor es algo distinto, es mucho más que la simple dopamina. La pasión hirviente se esfuma, pero algo se ha instalado en lo más profundo.

11

La imaginación y los deseos maravillosos son una cosa, y la realidad es otra.

La frontera no sólo se traza entre países.

EL FUEGO TODOS LOS FUEGOS

Zhu Zhichen

El día en que quedaron en verse por primera vez, Delgado se despertó a las cinco y media para prepararse para una cita que parecía tan lejana e irreal que no estaba seguro de si sería como la acordaron. Había pasado una larga noche hundido profundamente en su mundo de sueño en el que había viajado varias veces a muchos lugares y había recordado muchas experiencias que imaginó que ocurrían en tiempos remotos. Entonces cuando abrió sus ojos, echado en la cama, le costó confirmar y aclarar la situación en la que estaba ahora, porque algunas sensaciones extrañas y exóticas todavía deambulaban en su conciencia y no lo dejaban abandonar el viaje por el sueño. Este conflicto entre el sueño y el mundo que se mostraba a su vista le dificultaba cambiar de rol y precisar cuáles eran los asuntos pendientes del día. Pese a ello, aquella mañana todo estaba en su sitio, todo era nítido y verdadero. Desde la terraza se veían claramente el perfil del volcán y las nubes blandas que lo rodeaban y que parecían obra de algún pintor realista. El calor sofocante que había penetrado en su piel apretaba su corazón y llenaba sus venas, pero una ráfaga de viento fresco sopló, levantó la cortina y atrajo su conciencia que había permanecido parcialmente en el sueño. Maldito alcohol, pensó, siempre me dirijo al sendero que me hace desvariar y me induce a dar muchas vueltas antes de regresar. Esperó un momento hasta que por fin espontáneamente cedieron los disparates y lo único que todavía quedaba en su

mente y que podía vislumbrar era algo importante que había anotado para que no se le olvidara.

Entonces buscó sus sandalias y se levantó, sin voluntad, de su lecho. En una libreta abierta encima de su computadora portátil, había un pedacito de papel donde estaba escrito: “A las 15:00 vendrá a la casa”. Breve y precisa información. Revisó su celular y checó todos los mensajes de los últimos días. No se mencionaba nada acerca de esa cita. Ni siquiera recordaba cuándo y cómo escribió aquella nota. O quizás lo olvidó intencionalmente y luego lo escribió para recordarlo y evitar que más tarde el asunto lo atormentara. Esto le sucedía con frecuencia, pero no podía definirlo como temor o cobardía. Siempre hay cosas en la vida que no nos gusta hacer, como un examen inminente de una materia de la cual no sabemos nada, o una reunión llena de personas desconocidas y que nos caen mal o una amistad que nos cansa, pero nos vemos obligados a mantener. Esto le sucede a la gente e, inevitablemente, también a él, que obviamente es un tipo nada sociable. Pero esa cita desconocida no le estorbaba, porque sólo tenía que esperar en su propio cuarto hasta que llegaran por él. “Perfecto”, se dijo a sí mismo. Naturalmente él pertenecía al tipo de persona que prefiere sentarse frente a la computadora en lugar de salir de casa para divertirse, sobre todo si hace un calor insoportable como el de aquel día de agosto tan soleado y caluroso como si hubiera nacido del volcán. Y tal parece que lo único que le quedaba por hacer en ese domingo cualquiera era esperar y disfrutar del lujoso ocio. Además, la fragancia de la guayaba que, desde el patio, el viento traía lo excitaba y acaso lo hacía interesarse por saber quién o qué vendría.

Tomó el libro que estaba al lado de su mano y lo abrió en la página donde lo había dejado anteayer. Hojeaba sin

concentración las líneas de letras insignificantes. No podía contener la inquietud que le picaba desde un rincón de su interior; tal vez por la curiosidad, tal vez por el azoro del desconocimiento. Aunque no tuviera mucho contacto con las personas, siempre le daba curiosidad la vida de otros y le gustaba observar a las personas y combinar la observación con la imaginación para inventar una *nivola*. Pero, en este caso, no tenía ninguna información que le sirviera de referencia y no podía hacer ninguna suposición. Resultaba imposible crear un personaje sin haber investigado detenidamente a las personas y se limitaba a concebir las conversaciones que tendrían lugar durante la cita. ¿Cómo debía saludarlo primero, qué temas iban a tratar y cuáles eran las preguntas que podrían despertar una buena charla? Mientras esto meditaba, permaneció sentado tranquilamente en su escritorio sin hacer caso del libro que sostenía en su mano, ni al paso del tiempo, tal y como el volcán se alzaba en su lugar, tan apacible y plácido que nunca se ha movido ni un milímetro. Lo único que pudo cortar los hilos de sus pensamientos fue el sonido del timbre. Se estremeció por un instante. Tras unos segundos de pensar entre esperar en su recámara a que vinieran a llamarlo o ir a atender a quien tocó el timbre, se levantó un poco vencido y se preparó para ir a la planta baja. Pero el timbre no duró tanto como él esperaba, por lo menos no duró tanto tiempo como para que él alcanzara a salir de su habitación. Su vecino atendió el llamado. No era para él. En su piso se alcanzaba a escuchar todo lo que sucedía en el edificio. A veces eran tantos los sonidos que llegaban a penetrar las paredes de su alcoba que era confuso distinguir en cuál departamento se habían recibido visitas.

Escuchó que charlaban.

Luego se dio cuenta de que era el amigo de su vecino. Solían reunirse los fines de semana. Exhaló un suspiro.

Siguió esperando.

Miró el reloj y vio que eran las tres y veinte. Ya habían pasado veinte minutos desde que el reloj marcó la hora acordada.

Cinco minutos después, revisó su celular otra vez, pero no hubo nada. Por supuesto que no habría nada porque ninguno de los mensajes de sus pocos amigos estaba relacionado con la nota. En medio del aturdimiento, esto le resultó un consuelo.

Así, un poco nervioso todavía, de nuevo regresó a hojear las páginas del libro, aunque no estaba comprendiendo realmente de lo que trataban las treinta hojas que leyó. Habiendo leído muchas novelas policiacas, un escrúpulo brotó en su corazón alarmado. Empezó a sospechar de la situación. La nota comenzó a resultarle rara y vio en ella un presagio aciago. No sabía el motivo de la nota, ni siquiera si la había escrito él mismo, ya que la caligrafía era tan común que le costaba confirmar si correspondía a la suya. Podría no ser de su puño y letra. Podría ser que alguien se la envió para darle alguna información o insinuación. E incluso podría ser una alerta. Tal vez por el aburrimiento de la espera, tal vez por su naturaleza a elucubrar en pleno ensueño, hacía muchas suposiciones. La primera que se le ocurrió fue que la nota era una alarma para que huyera. Pero ¿quién tenía el interés de rastrearlo y perseguirlo? ¿La policía? Podría ser. Nunca antes se había metido con la policía, pero visto desde la perspectiva actual, era muy posible que la policía por fin llegara a tener algo que ver con él. Estaba seguro de esta idea porque recordó que durante los últimos cinco años había descargado gratis numerosas películas piratas para divertirse y ahorrar el dinero en vez de gastarlo en el cine. Lo había hecho en las páginas *web* que fueron cerrando una tras otra por ser denunciadas, y ahora lo iban a descubrir porque la cantidad de películas que descargó fue tan grande que evidentemente era

suficiente para arrestarlo. La infracción del derecho del autor es, o debería ser, un delito grave, como bien lo sabía por su trabajo de escritor, aunque no había publicado ninguna obra sonada que le ganara un reconocimiento. ¿Cuántos años de cárcel serían? E incluso, ¿cadena perpetua o pena de muerte? ¿Podría ser! Un escalofrío recorrió su cuerpo como una corriente eléctrica matadora que le impulsó a prender su portátil y consultar el mapa. “¿Adónde puedo ir? ¿A quién puedo recurrir en ayuda? ¿Estados Unidos? No, no soy un criminal político. México dio asilo a refugiados perseguidos, pero no será tan fácil. Mejor un sitio recóndito, un rincón del mundo donde nadie me pueda encontrar.” Estaba por planificar la ruta de fuga, cuando unas carcajadas estallaron en la conversación entusiasta del vecino. Esto lo regresó a la realidad y le hizo sentir cuán absurdo y ridículo era su pensamiento. Demasiado imaginario y dramático, pensó. Los argumentos fantásticos que había leído sí, en cierto sentido, le perjudicaron.

Asió la nota para examinarla otra vez. ¿O podría ser una invitación? Se le presentó la idea. ¿Invitarlo a qué? ¿A una fiesta en el edificio? En ese caso, hace unos minutos el vecino ya habría llamado a su puerta. ¿A una reunión? Pero no pertenecía a ninguna asociación, siempre trabajaba solo. ¿Una conferencia secreta de alguna organización clandestina en la que se iba a orquestar un complot contra...? Vaya, vaya, buen argumento para una serie, pero nadie lo había invitado a escribir un guion, aunque en el fondo eso era lo que más hubiera querido. Sólo le faltaba la ocasión... Sí, ¿podría ser una oferta de trabajo! En eso recordó que había enviado su currículum vitae a la convocatoria de la Universidad de Buenos Aires que solicitaba profesores de Matemáticas. Podría ser la respuesta. Pero no suelen responder a los aspirantes por correo. Además, esto resultaría aburridísimo, decepcionante

si se lo compara con las reflexiones que tuvo durante todo el día. Mejor la oferta de ser un espía o un buscador de tesoros. Así es el cliché de las películas de aventuras. Contactan al protagonista, con el fin de despertarle una habilidad sobresaliente para las misiones o la fuerza sobrenatural para salvar al mundo, porque él es elegido por la Providencia. Y así podría vivir una aventura novelesca y apasionante que sólo ocurriría en la pantalla.

De repente un sonido agudo le recuperó el seso y se percató de que no estaba en un cuento ni era el protagonista de ninguna novela. Regresó del mundo imaginario y vio que la aguja del reloj apuntaba las cuatro. Escuchó otra vez el sonido que lo había exaltado, ¡el sonido del timbre! Momentos después creyó escuchar que alguien, o algo, estaba llamando a su puerta. Vaciló unos segundos hasta que, al sonar por tercera vez, fue evidente que no era la puerta de la vecina la que estaban tocando, sino la suya. Pensando que por fin iba a desvelarse el misterio, se levantó con algo de prisa y abrió la puerta.

Se presentó ante él un hombre alto y fuerte, con aire de invencible, que imponía a cualquiera que lo viera. Una figura totalmente desconocida y contraria a la delicada de él. Antes de que pudiera reaccionar, el visitante abrió la boca.

—¿Señor Guillermo Delgado? Buenas tardes. Me llamo Alfredo Delgado. Le he dejado una nota para reunirnos a las tres de esta tarde.

—Pero ahora ya son las cuatro. ¿Tiene usted el horario de verano, su reloj está adelantado una hora?

—Para mí, ahora son las tres.

—Pero ¿cuándo me dejó la nota? No lo recuerdo.

—Le dejé la nota por mí, es decir, por usted. Y lo sabe usted porque yo lo sé.

—¿Y a qué viene tan a oscuras?

—Para refugiarme. Soy un espía. Trabajo para el gobierno soviético, pero me descubrieron cuando quise robar el manuscrito de la última novela de Gabriel Delgado, ganador del Premio Nobel de Matemáticas y ahora doctor en Literatura Futura de la Universidad de Buenos Aires.

—¿Acaso no sabe usted que no existe el Premio Nobel de Matemáticas?

—La situación es muy apurada. El inspector Heinrich Delgado me persiguió hasta aquí. Creo que sólo faltan menos de diez minutos para encontrarnos. Por favor, ayúdeme.

—Pero ¿qué tengo que ver con todo esto?

—Necesito el contenido de la novela, pero fallé, no la conseguí. Entonces le pido ayuda a usted, sobre todo necesito lo que tiene allí en su cerebro, en su sueño.

—Pero ¿qué hay allí?

—Las indicaciones sobre lo que debemos hacer a continuación.

—¿Y qué tenemos que hacer ahora?

—Primero, salir de aquí, que ya es muy peligroso.

—¿A dónde vamos?

—Venga.

Le llevó a la escalera del edificio y bajaron a la calle. El espía montó en un caballo sin cabeza y le invitó a hacer lo mismo con el suyo que había preparado para él. La piel del caballo era tan blanca, diáfana y pulida como el color y la textura de un huevo prehistórico y del cuello decapitado ardían unas llamas azules. No se asustó tanto, pues era para él un caballo hermoso y correspondía exactamente a una imagen que desde siempre quiso diseñar para un mito.

—¿Le recuerdan algo mis camaradas?

—Sí, un sueño.

—¿Cuál?

—El de la semana pasada.

—¿Y recuerda el lugar donde los soñó?

—El Dorado.

—Muy bien. Sintetizando toda la información que he obtenido, debemos viajar a El Dorado y salvar al cacique Cuauhtémoc Delgado del ataque del general Francisco Delgado, el usurpador de la Segunda República. Ahora, quiero que usted recuerde el medio para salir sano y salvo del laberinto del fauno que estamos obligados a atravesar y también la técnica para amansar a los fantasmas de las torres de Ixbalanqué. Los necesitamos como nuestros aliados, será un ejército imprescindible para la victoria.

No le dio ninguna respuesta y, apretando la rienda, permaneció callado, como si estuviera realmente evocando lo que el visitante le había dicho. Antes de espolear el caballo para partir, el visitante volvió su cabeza y le dirigió con firmeza unas palabras con una risa forzada:

—Es usted muy importante. Es el eje principal del mundo porque su imaginación es la biblioteca de los universos y también de nuestras vidas.

EL MURO

Lin Yijia

Parecía otra tarde normal en el Estado de Cactus. El sol acariciaba la tierra con toda su pasión. Los gorriones se posaban en las ramas, acicalando su lindo plumaje rojo, bañándose en tanto calor, puesto que nadie tenía ganas de cantar ni trabajar.

Como de costumbre, al terminar las tareas de la escuela, Juanito escaló las rejas altas del patio, una y otra vez, sin cesar ni un minuto. Retrocedió unos cinco pasos y se echó a correr. Al enfrenar los barrotes, dio un salto y logró agarrar el adorno en lo alto de la reja. Poniendo en sintonía las manos con los pies, subió a la cima y no tardó mucho en aterrizar en el césped del exterior, sano y salvo.

“Si todos los muros fueran tan fáciles de escalar...”, pensaba el niño. Su sonrisa de triunfo parecía un poco triste.

—Güey, Juanito, ¿cómo estás? Hoy te traigo otro paquete con matasellos de águila —se acercó Sebastián, el amable cartero venido de muy lejos, desde el final de la calle.

—Buenas tardes, tío Sebas, muchas gracias —Juanito abrazó al cartero y tomó el tambache.

—¿A lo mejor otro regalito de tus papás?

—Supongo que sí —suspiró el niño—, ojalá que la próxima vez me manden una foto suya, la verdad es que ya ni siquiera recuerdo sus rostros.

El bondadoso cartero dio unas palmaditas suaves a la cabeza del pequeñín.

—Tal vez el maldito muro se venga abajo algún día y ustedes se puedan reunir. Quién sabe, debes tener esperanza en tu corazón, jovencito, sólo tienes siete años y la vida es mucho más larga de lo que te imaginas. Ve, sigue practicando con tu “murillo”, me voy.

Al despedirse del hombre, Juanito cruzó el patio y entró en la casa. El chiquito vivía con su abuelita en la aldea de Bonbón, en el occidente del país. Aunque de vez en cuando recibía regalos o cartas de sus papás, Juanito no los había visto desde hacía cinco años, porque fueron separados y se encontraban en la tierra vecina: el Reino de Águila, país en donde nació el niño y trabajaban sus padres. Cuando ellos eran jóvenes, era habitual para los cactureños buscar empleo en ese reino donde las máquinas gigantescas funcionaban de día y de noche en diversas fábricas, produciendo buenísimos carritos anfibios, palomitas de maíz capaces de volar, caramelos hechos de arcoíris... en suma, un montón de cosas fascinantes. Los aguileños necesitaban que sus amigos vecinos les echaran una mano en varios de sus tantos trabajos y ellos tenían muchas ganas de ayudarlos. En aquella época, simplemente se atravesaba la frontera entre los dos países, donde crecían dalias y girasoles. Las gentes de las dos tierras tenían buena amistad y esta manera libre de trasladarse era lo común: pan comido.

Sin embargo, en los últimos años la situación sufrió un cambio brusco: el nuevo rey aguileño decidió despedir a los pequeños descendientes del Cactus y obligó a aquellos trabajadores competentes a que se quedaran. Así fue la absurda política que separó a Juanito de sus padres y, de la misma manera, numerosas familias en ambos países fueron divididas.

El aroma a tortilla y carne asada flotaba en el aire, salió de la cocina una señora mayor.

—A comer, cariño. Preparé tu plato favorito, fajitas al estilo de la abuela —miró afectuosamente al niño.

Al sentarse a la mesa, los dos empezaron a cenar. Era una hora preciosa para los dos, en la que veían el noticiero y charlaban.

—Mire, abuelita —el chiquillo abrió el paquete que mandaron sus padres y sacó varios objetos—, papá y mamá le enviaron una saya, he visto este tipo de tela en los libros: es la nube después de la lluvia. A ver, para mí un par de zapatos, ¡los de alas! Pero qué lástima que no pueden realmente volar o me llevarían al Reino de Águila a verlos.

La anciana sonrió:

—Yo también los extraño mucho. Pero seguro que pronto los verás de nuevo.

—Pero abuelita, ¿cuándo, cuándo, cuándo?

La misma pregunta fue hecha innumerables veces en la vida del niño. La primera ocasión fue cuatro años atrás, cuando el bebé Juanito intuyó que en la familia faltaban papá y mamá. La abuelita no supo cómo explicarle la situación y, por consiguiente, le dijo a su nieto:

—Entre tú y tus papás hay un muro, el muro más alto y abominable del mundo. Cuando te hagas mayor y seas capaz de atravesarlo, se reunirán. Así que come mucho, crece más rápido y ten paciencia.

Desde entonces, el niño no dejó de esforzarse.

Cuando logró subir árboles y paredes bajas, esperando que aparecieran sus papás, la abuelita le dijo:

—Más alto... Sabes que es casi imposible vencer al muro.

Y al conquistar las paredes en la estancia infantil, en vez de encontrarse con sus padres, la respuesta era la misma:

—Más alto...

Ahora el pequeño guerrero estaba luchando contra rejas aún más altas. A veces en la escuela practicaba en los muros del patio.

—¿Cómo va la práctica hoy? —preguntó la anciana.

—Viento en popa, abuela. Pero todavía no es lo suficientemente alto, ¿verdad? Lo sé —el niño devoraba la comida mientras preguntaba.

—Que no, Juanito. Tienes que hacerte más fuerte. Verás a tus papás cuando te hagas aún más mayor. Ten paciencia.

A Juanito le parecía que las respuestas de la abuela eran casi todas iguales, pero no dijo nada y siguió tratando de disfrutar la cena.

En ese momento se escuchó un anuncio en la tele:

Tres personas fueron detenidas luego de traspasar la frontera del Estado de Cactus y el Reino de Águila. Cuando los guardias los encontraron, estaban gravemente heridos, porque habían sufrido un choque de electricidad, mientras que otro compañero se cayó por accidente y falleció de inmediato. Todos eran adolescentes y, según lo afirmaron, su experiencia con el muro fue horrible y fatal.

Se le ocurrió a Juanito que dicho muro debía ser su objetivo por conquistar.

—Abuela, ahora entiendo. Si logro escalar el muro que sale en la tele, llegaré al Reino de Águila y encontraré a mis papás. Seguro que resultará difícil, ¡pero tengo tantas ganas de verlos!

Unas lágrimas se escaparon secretamente de los ojos de la anciana.

—Nunca he deseado que te enfrentes a ese peligro. El muro es un monstruo y tú eres tan pequeño —suspiraba con tristeza.

—No se preocupe, abuelita, ¿no se ha dado cuenta? Cada día estoy más fuerte, tengo confianza en mí y no descansaré hasta volverlos a ver —aseguró el niño.

—Si insistes —gimoteó la anciana—, te dejaré intentarlo. Pero ten mucho cuidado, cariño, que no puedo soportar volver a perder a otro integrante de mi familia.

Juanito asintió. Estaba seguro de que no decepcionaría a su abuelita ni a sus papás.

Los días pasaban volando. Ya conquistadas las rejas, Juan se concentró en el muro del patio. Aprovechaba cada segundo del receso para escalar. Estaba más fuerte que antes y encontró muchas maneras astutas para ser eficiente, pero todavía sufría frecuentes fracasos. Varias veces perdió el equilibrio y se cayó al suelo. Algunos de sus compañeros se reían de él:

—Déjalo, güey. ¿Acaso te crees capaz de volar? ¿O te sientes Spiderman?

—Basta con esta tontería, Juan. Que muchos de nosotros tampoco vivimos con nuestros padres, pero nadie se encandila por ese sueño imposible como tú.

—Nunca atravesarás la frontera sin que el Rey Unclesa M te lo permita. Sigue así y te llevarán a la cárcel para siempre. ¡No seas tonto, cuate!

Pero Juanito los ignoró, no le daba vergüenza luchar por alcanzar su objetivo.

De día y de noche seguía esforzándose. Salpicó huellas de sudor desde el muro del patio de la escuela hasta el muro más alto del parque nacional. Un paso tras otro, de primavera a verano, y de otoño a invierno. Cada nube y cada estrella del horizonte fueron testigos del esfuerzo del pequeñín.

Por fin, Juanito supo que había llegado el momento de mostrar a plenitud su capacidad ante el muro. Estaba dispuesto a conquistar cualquier obstáculo. Tenía un plan bien definido: había pasado un par de semanas investigando un mapa.

Cierto día en que la abuela tuvo que viajar a la aldea vecina por un asunto, el pequeñín aprovechó la oportunidad, dejó una carta para su abuela en la mesa, se calzó sus nuevos zapatos decorados con alitas y no tardó mucho en ponerse en camino.

Para comprar un boleto, Juanito gastó todo su dinero ahorrado. Subió sin vacilar a un autobús que lo llevaría al muro.

El vehículo avanzaba lentamente, traqueteando, como si detestara acercarse al muro. Pasó por la Loma Aguacate, atravesó el Bosque de Colibrís, cruzó el Arroyo Espejo y, al fin, llegó a su destino.

Al bajarse del autobús, a Juanito le sorprendió la escena ante sus ojos. El muro era gigantesco, mejor dicho, monstruoso. Tenía una altura como de veinte pisos, estaba cubierto con alambre de púas y en su cima se alzaban espinas: centelleaban con tanto brillo que le herían los ojos. El chiquillo miró a su alrededor y descubrió con horror que había muchas criaturas desconocidas vigilando con ojos tintos cada movimiento que hacía, guiñando sus miradas hacia el cielo nublado, como si tuvieran malas intenciones. De repente, el viento sopló y trajo consigo una desconocida frialdad y un olor mixto de metal y barro. Pero nuestro pequeño héroe no se dejó intimidar, estaba decidido a conquistar el muro. Entonces se acercó al pie del mismo, inhaló aire profundamente y empezó su batalla. Justo cuando Juanito extendió la mano

para agarrar una saliente y encaramarse, escuchó la voz estridente de un megáfono:

—Oiga, aquí se prohíbe escalar. ¡Regresa a tu casa de inmediato o te arrepentirás, niño imbécil!

—¡No! ¡Voy a pasar este maldito monstruo y encontraré a mis padres! —declaró Juanito.

Acababa de dar el segundo paso en el muro, cuando el pequeñín sintió un inesperado dolor en los hombros y la espalda. Un águila lo había asido con las garras, lo llevaba por los cielos y no podía dejar de forcejear ni soltarse.

—Con el muro levantado, nunca cruzarás la frontera, ¡ni pensarlo! Un pequeño inocente como tú no es bienvenido aquí, lárgate.

El águila aterrizó de repente y arrojó a Juanito al suelo.

Herido y humillado, el chiquillo se lanzó al camino y no dejó de correr hasta llegar al Bosque de Colibrís. Cuando estaba seguro de que no había nadie a su alrededor, estalló en llanto. ¿Desde cuándo los amigos dejaron de serlo? ¿Por qué resultaba tan difícil reunirse con su familia cuando todos estaban tan cerca? El muro no comprendía este tormento y tampoco quienes lo construyeron. Sollozaba y pensaba sin cesar. Unos minutos después cayó dormido.

—Pequeñín, despiértate, ¿qué haces por aquí?

Juanito levantó la cabeza, frente a él estaba un hombre de rostro amable.

—Vengo a buscar a mis papás en el reino aguileño, señor, y no me dejan pasar. Pero, me podría decir ¿quién es usted?

—contestó Juanito, sumamente curioso.

El hombre sonrió tímidamente:

—Perdóname, he olvidado presentarme. Me llamo Juárez, amiguito. Siento mucho que no hayas logrado ver a

tus padres, pero seguro que no has intentado la insensatez de escalar el muro, es muy peligroso, ¿o sí?

—Pues sí que traté, pero no sirvió de nada. ¿No cree que es la única manera de solucionar mi problema? —preguntó Juanito.

—Claro que no, es la solución más inútil, pequeñín. Los pueblos del Reino de Águila y los del Estado de Cactus somos los mismos descendientes del dios Águila y la diosa Cactus, hermanos que viven en distintos lugares. Nos unen el amor fraterno y la comprensión mutua. Pero hace unos años este tesoro espiritual fue destruido por los malos elementos del mundo: la codicia, los celos, la arrogancia, la testarudez, por eso el muro se construyó y cada día se vuelve más fuerte, más terrible.

—¿Acaso es imposible que volvamos a vernos? —interrumpió Juanito con tristeza.

El hombre rio:

—Recuerda, lo imprescindible no es escalar el muro y pasar al otro lado, sino trabajar arduamente para poder desmontarlo. Tu generación tiene que asumir la responsabilidad de destruir ese malentendido en nuestros corazones. Busca la solución en los libros, las ideas y la práctica. Con esperanza y perseverancia, lo lograrás, ya verás. Ahora me voy y tú necesitas de nuevo continuar con la búsqueda. Adiós.

Con las últimas palabras de esta conversación resonando en sus oídos, Juanito se despertó restregándose los ojos. Todavía estaba en el bosque. Era la hora del atardecer, el hermoso esplendor del ocaso abrasaba todos los rincones de la tierra. Se le ocurrió a Juanito que su encuentro con aquel hombre había sido un sueño maravilloso.

Se puso de pie y se dirigió con firmeza a su casa. En su corazón ya existía la respuesta que siempre había estado buscando: ¿Cuándo? Pues pronto, en un futuro no muy remoto.

EL NIÑO DE ARENA

Li Ruoyu

Hace mucho tiempo vivió un niño a quien no le gustaba ir al colegio, pero, como cualquier otro, tenía que asistir todos los días. El niño era muy callado y no le interesaban las cosas que suelen hacer los niños de su edad. Se entretenía haciendo pequeñas estatuas, lo que resultaba muy eficaz para ignorar las aburridas palabras de la maestra.

El material que usaba era la arena de una playa que sólo él conocía; era tan maleable que, con un poquito de agua, se integraba y podía hacer con ella lo que deseara. Mientras jugaba con la arena entre sus manos, el niño no se daba cuenta ni de los ruidos ni de las personas que pasaban a su alrededor, perdía la noción del tiempo. Empezaba a trabajar en la mañana; al atardecer, la falta de luz le impedía terminar sus pequeñas estatuas que quedaban sobre su pupitre en el aula vacía. Al día siguiente, comenzaba a esculpir una nueva.

En una ocasión, como le pasaba con frecuencia, ocupó todo el día en hacer una pequeña estatua: se trataba de la figura de un gato que había visto en los jardines del colegio. Y mientras trabajaba en su gato de arena pensaba en que no seguiría su método acostumbrado, que era modelar la figura imitando el original. En esta ocasión imaginó que dentro de la arena ya existía un gato con vida, que suplicaba por su libertad y que lo único que debía hacer era concedérsela con sus propias manos. Cuando terminó, ya era muy tarde y el aula estaba vacía. La sombra de un viejo abedul del jardín

del colegio atravesaba la ventana. Era una sombra oblicua que la luz del poniente proyectaba y se extendía sobre la estatua del gato que se encontraba en el pupitre. El niño se sorprendió al ver esta escena. Por un segundo, tuvo la impresión de que el gato se posaba en el abedul y que desde ahí lo miraba. Su trabajo era el más perfecto que había hecho.

El niño llevó al gato de arena a su casa y con mucho cuidado lo colocó junto a su almohada. A la hora de acostarse, encendió una vela y se dispuso a dormir mientras miraba la estatua. A medianoche, lo despertó un maullido. El niño sintió como si algo caminara por encima de su cuerpo, cubierto por una manta. Se levantó. Su cuarto estaba completamente iluminado por la luz de la luna que dejaba visibles, desde su almohada hasta la ventana, las huellas de arena del gato, que se encontraba sentado en la cornisa de la ventana. Se sacudió el resto de arena y emergió el cuerpo argénteo, ¿o sería sólo el efecto de la luz? El gato echó con sus ojos dorados una mirada al niño, luego se lanzó por la ventanilla y desapareció en la noche.

El niño permaneció despierto, acostado en su cama y mirando sus manos. Entonces, se le ocurrió una idea.

Al día siguiente, el niño no fue a la escuela. Decidió ir a su playa secreta. Iba a hacer una estatua: la más grande de todas las que había hecho hasta entonces, sería una copia fiel de sí mismo.

Empezó con el corazón. Para hacerlo bien, primero lo estudió a fondo. Miró su propio interior y vio que su corazón era de color rojo, del tamaño del puño de un adulto, palpitante a un ritmo inmutable. Cerró los ojos y sintió el ritmo que surgía de su cabeza como si fuera una marea que subía y bajaba sin parar al mismo ritmo de su corazón. Así entendió su función y le llevó una mañana entera terminarlo.

Luego, siguiendo el mismo procedimiento, hizo el torso, las piernas, la cabeza y los órganos genitales. Le tomó mucho más tiempo hacerle las manos, porque quería que fuesen tan flexibles, ágiles y bonitas como las suyas. A pesar de que el cansancio se fue apoderando de él poco a poco, siguió trabajando.

Cuando terminó su escultura, el sol ya se había ocultado. La estatua del niño estaba acostada frente a él, con los ojos cerrados y las manos abiertas, como si estuviera esperando que alguien lo despertara de un eterno sueño. O quizás no esperaba que nadie lo despertara de ese sueño tan profundo y tranquilo.

Agotado, luchando contra el sueño, el niño intentó mantenerse en pie. Miraba su copia y esperaba el momento en que la luna la despertara. Era su trabajo perfecto, su verdadero hermano. En silencio, la marea sonaba como un maremoto y un viento soplabla como el rugido de un gigante.

Salió la luna detrás del mar y con una mirada helada vio a dos niños idénticos. Entonces el niño de arena de inmediato se despertó. Se levantó lentamente con los ojos perdidos y, luego, esperó a que el niño le diera la orden.

El niño abrió los labios:

—Nos intercambiamos la vida. Desde este momento, yo soy tú y tú eres yo. Desde mañana, vas a ir al colegio por mí. Tendrás que hacer las tareas, pasar los exámenes, hacer todo lo que debe hacer un estudiante. Después de acabar la escuela, vas a buscar un trabajo para ganar el pan para la familia. Vas a casarte y tener un hijo o dos, quienes posiblemente no tengan ninguna gracia. Tal vez te dediques a una profesión que no te guste y te cases con una mujer que no te ame. La mayoría de las cosas que tendrás que hacer no tendrá sentido y para hacer lo verdaderamente importante apenas tendrás

tiempo. Algunas veces te sentirás fuerte, pero la mayor parte del tiempo te sentirás incapaz de servir para algo. Algunas veces obtendrás el respeto de los demás, pero en otras ocasiones todos te despreciarán. Vas a enfrentar la muerte de tus padres, de algunos amigos, incluso de los mejores. Si te toca la desgracia, tus hijos morirán antes que tú. La vida está llena de penas inevitables y no es mejor que la de una gaviota, la cual vive para volar o vuela para vivir, no sé. Pero yo, yo no vivo para hacer algo, eso lo tengo por sabido. Te doy la vida para que tú vivas mi vida en mi lugar, deseo que tengas buena suerte. Ahora, voy a acostarme. Estoy muy, muy cansado.

El niño puso su mano derecha sobre la de su copia y, en ese instante, su cuerpo se desintegró y se convirtió en un montón de arena. De nuevo, quedó un niño solo en la playa. Miró la arena por un rato, se la sacudió y se tumbó en la tierra sintiendo el palpitar de su corazón. La luz de la luna bañó su cuerpo bajo el sonido del mar. Un rato después, se levantó, transportó la arena al sitio de donde la había sacado y volvió a casa. Sus padres estaban muy preocupados y tuvo que darles muchas explicaciones para consolarlos. Al día siguiente el niño asistió al colegio y nadie se dio cuenta de lo ocurrido.

Transcurrieron varios años. El niño creció hasta convertirse en adulto. Tuvo un buen trabajo, una casa no muy grande pero agradable, una esposa no muy bonita pero simpática, tres hijos traviesos pero graciosos. Lloró a lágrima viva cuando murieron sus padres. Tuvo nietos a los que quiso mucho, pero fueron tantos que no podía recordar sus nombres. Además, tampoco podía distinguir uno de otro.

Un día, en el que hacía buen tiempo, se sentó en el jardín acompañado por uno de sus hijos. El hijo entró en la casa

para traerle un vaso de agua. Cuando volvió sosteniendo el vaso de agua, su padre había desaparecido. Sólo quedó en la silla de ruedas un puñado de arena.

Curiosamente, el hijo no se sorprendió mucho. Sintió una pequeña tristeza, como si alguna vez hubiera comprendido lo que pasaba ante sus ojos, pero ahora lo había olvidado, como si fuera algo que había recordado, pero que también olvidó hace mucho tiempo. Algunas lágrimas escaparon de sus ojos, pero no se dio cuenta hasta que sintió la cara mojada. Enjugó la lágrima con el dorso de la mano y, para su sorpresa, descubrió unos granos de arena resplandeciendo.

EL REFUGIO DE NIÑOS

Luo Minghui

—¿Dónde estoy? Me siento tan mareado.

Cuando recuperé la conciencia, sólo había una luz borrosa y una sombra frente a mí. Un rayo de luz me guio frente a un objeto.

—¿Qué es esto?

En la oscuridad me le acerqué.

—¡Ah!, es un espejo.

Delante de mí había un espejo circular como una luna llena. De repente, la oscuridad empezó a retirarse y comencé a observar cada vez más claramente el mundo alrededor de mí. Me di cuenta que estaba en un parque de diversiones lleno de cajas desechas, juguetes rotos. Caía la noche y me pareció que no había nadie más que yo. Lancé otra vez miradas hacia el espejo.

—¿Qué pasa con mi cara?

En el espejo vi una cabeza de panda.

—¿Me he convertido en un panda?

Pero bajé la cabeza y vi mi cuerpo intacto, sin ningún cambio. Llevaba una camisa azul, una corbata de lazo y unos pantalones cortos negros.

—¿Quién soy yo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué no hay nadie? ¿A dónde tengo que ir?

El silencio reinaba en el parque. A mi izquierda vi un carrusel que era mucho más grande que yo, pero nadie montaba los caballos y claramente se veía una capa de ceniza que los

cubría. El viento y el sol habían desvanecido los brillantes colores originales de los caballos. En el centro había una fuente sin agua y las plantas estaban muriéndose por falta de cuidado. A lo lejos, una enorme e inmóvil rueda de la fortuna... La montaña rusa, que antes debió ser lo más atractivo de este lugar, ahora estaba en silencio. A mi derecha, un tobogán.

—¡Oye! Ya que no puedo recordar nada, ¿por qué no me divierto primero?

No esperé ni un segundo, me subí al tobogán y me deslicé hacia abajo. Pero debido a la desproporción entre la cabeza y el cuerpo, perdí el control y caí al suelo.

—Ay, ¡qué dolor!

Me levanté lentamente sosteniendo mi cabeza con las manos. La cabeza de panda era tan enorme que me hizo perder el equilibrio. Me toqué la cara peluda para confirmar si era real. Parecía que todavía no estaba acostumbrado.

Levanté la vista y vi un edificio rojo y blanco. Por curiosidad, me acerqué: era un cine. Afuera había una pequeña taquilla roja. La ventanilla estaba cerrada. Adentro se veían algunas entradas dispersas en una mesa, pero lo extraño era que en ellas no estaba el nombre de las películas. La puerta de vidrio de la entrada del cine estaba abierta, no había luz eléctrica en el interior y el sol iluminaba el pasillo.

—¿Hay alguien? —grité para ver si había quien respondiera a este pobre niño, pero sólo me contestó el eco.

La sala de proyección tenía la puerta abierta y entré. En la pantalla gigante no se veía nada más que unas imágenes borrosas. Decidí regresar por el mismo camino y volver al lugar donde se hallaba el espejo. En el camino de regreso traté de pensar en algo, pero tenía la mente en blanco. Volví a subirme al tobogán, que parecía ser el único juego que se podía usar.

No sé por cuánto tiempo jugué, estaba cansado, así que me senté en el tobogán y me quedé pasmado. Después de un largo tiempo, el cielo seguía siendo brillante y la sombra de los objetos no se inclinaba en absoluto. Me tumbé y miré al cielo. Justo cuando lo miraba, me empezó a dar un poco de sueño y después apareció una estrella brillante en el horizonte.

—¿Ya es de noche finalmente?

Pero la estrella estaba moviéndose rápido. No era una estrella, sino una enorme ballena que brillaba con luz azul. ¡En ella iba sentaba una persona!

—¡Ey! ¿Me puedes ver? ¡Oye!

Saludé con la mano para que la persona pudiera verme. Parecía que me había oído y la ballena comenzó a nadar hacia mí. Poco a poco, la apariencia de la persona se fue aclarando. Era una niña, de ojos grandes y brillantes, que llevaba una cola de caballo negra, con un suéter morado y una falda rosada. Ella también me saludó. Finalmente, la ballena se detuvo y se inclinó para dejar que la niña bajara. Ella saltó con gran flexibilidad de la espalda de la ballena a unas cajas de cartón y se me acercó bajando por ellas como si fueran escaleras.

—¡Qué raro! ¿Por qué tienes la cabeza de un panda?
—dijo la niña con una sonrisa.

—¿Qué? Yo... no sé. Pero, ¿tú no eres más extraña? Estabas volando por el cielo en una ballena.

No estaba enojado de que una persona que me veía por primera vez me dijera esto. Yo mismo me sentía un poco gracioso.

—¿Puedo tocarla? —sus ojos expresaron el anhelo que sentía en el corazón.

—Por supuesto.

—Wow, es cierto, me gustan los pandas, son muy lindos.

Ella me tocó la cara y estornudé, porque sentí picazón. Mi cara se crispó varias veces.

—Jajaja, eres tan interesante.

Cuando calmó su curiosidad, miró a su alrededor. Parecía un poco deprimida.

—¿Éste es tu refugio? ¿Qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—¿Refugio? ¿Qué es eso? —pregunté sonándome la nariz.

—Es el lugar que los dioses construyeron para los niños. Sólo los niños como nosotros podemos llegar ahí.

—¿A qué te refieres con los niños como nosotros?

—Los niños infelices. Los dioses han creado para nosotros un lugar así para que podamos encontrar de nuevo la felicidad.

—Oh, ¿de verdad? —me quedé muy confundido por lo que me había dicho.

—¿Quieres visitar mi refugio? Vámonos. Siéntate en mi ballena.

La ballena subió lentamente hacia el cielo. Mientras más nos elevábamos, el parque se hacía cada vez más pequeño. Finalmente, se perdió de vista cuando llegamos a una gran altura. El parque estaba rodeado de una vasta extensión de nubes. Lo increíble fue que, aunque estábamos tan alto, no sentí miedo en absoluto.

Al llegar a una casa grande y blanca, la ballena se detuvo.

—Vamos, entra —me tomó de la mano y entramos corriendo rápidamente en la casa blanca.

Era una escena increíble. Una tortuga marina nadaba frente a mis ojos. Bandadas de peces se deslizaban de un lado a otro en la sala de estar. La casa parecía llena de agua de mar, animales marinos jugaban en armonía y de las paredes crecían corales.

—Es tan hermoso —no pude dejar de sorprenderme.

—Sí, pero hay mejores cosas que ver. Ven conmigo.

Subimos las escaleras. Parecía que de verdad caminábamos en el mar, dimos pasos saltando y suavemente caímos.

—Vamos, aquí está mi habitación —me dijo emocionada.

Llegamos a un cuarto de unos 30 metros cuadrados y lo que más atrajo mi atención fue una enorme cama que estaba en el centro, cubierta con una cortina roja de terciopelo.

—Mira, aquí está lo mejor —sonrió misteriosamente, como si estuviera a punto de abrir la caja de Pandora.

Descorrió la cortina, subió a la cama y la siguió: había un mundo completamente diferente. El sol brillaba en el techo a través del mar azul. Se veía el agua parpadeante en la parte superior de la cortina. Y tres ballenas asesinas nadaban a nuestro alrededor. La vista frente a mí era tan impactante que yo no podía hablar. Ella, como entrenadora de animales, sólo agitó la mano y las orcas se nos acercaron. Dieron un giro para que pudiéramos tocarlas en el vientre. Pintó un círculo con su dedo y las tres empezaron a nadar con una rutina.

—Quise ser una entrenadora de animales de un acuario público —dijo con orgullo.

—Eso es realmente para ti.

Pero ella estaba triste.

—Mis padres quieren que no me limite a ser una entrenadora de animales, sino que vaya a la mejor universidad, así que me han impuesto varios cursos y nunca he tenido tiempo para jugar.

—Eso es realmente una pena. Tus padres han perdido a una de las mejores entrenadoras del mundo —le dije.

—Sí. Un día no fui a clase, sino al acuario público. Aquella tarde, en el camino de regreso, seguí una luz suave proveniente de las ruinas y llegué hasta aquí.

—Ya entiendo por qué no eres feliz.

—Tienes razón. ¿Sabes que el refugio es el reflejo del mundo de nuestro interior? Por ejemplo, me gusta el acuario público, quiero que mi casa se convierta en un acuario. Así que en este lugar se levanta la maravillosa arquitectura que vemos ahora.

—¿Entonces qué pasa con mi refugio?

—Tienes que contestar esta pregunta. ¿No recuerdas por qué estás aquí? —negué con la cabeza—. ¿Sabes cómo volver al mundo real?

—No recuerdo nada, nunca he pensado en eso. Además, no sé a dónde tengo que volver.

—¡Dios mío! Eso es terrible.

Por un momento nos mantuvimos en silencio.

—Mis padres se preocuparán por mí —dijo la niña llorando.

—¿Padres? ¿Qué son?

—¡Pobre de ti! Ni siquiera recuerdas a tus padres. Son las personas que nos trajeron a este mundo. Nos educan y nos dan amor.

—Pero si no eres feliz, ¿por qué quieren traerte a este mundo? Si se preocupan por ti, ¿por qué estás aquí?

Ella bajó la cabeza y meditó mis palabras.

—No es una solución permanecer aquí. Regresemos a tu refugio para buscar pistas. Dejemos estas preguntas para nuestros padres. Cuando regresemos al mundo real podremos preguntarles directamente. Ella se secó las lágrimas con la mano y por su mirada pude ver su determinación.

—He olvidado presentarme. Mi nombre es Amanda. Ahora somos amigos —ella me abrazó.

—¿Amigos? —ella se veía muy contenta, yo también pero no entendí por qué.

—Los amigos son personas que te ayudarán cuando tengas problemas y crearán hermosos recuerdos contigo —explicó.

—¡Ey! Me gusta esta palabra —asentí.

Regresamos a mi parque montando la enorme ballena. El tiempo no había transcurrido.

—Mira allí, todo se ve muy triste — ella frunció el ceño.

Dio una vuelta por el parque y me dejó en el tobogán.

Un rato después, ella regresó.

—Bueno, te he dicho que el refugio es tu interior. Si no quieres que pase el tiempo, nada cambiará. Debes intentar usar tu imaginación.

Al oír sus palabras, cerré los ojos. Comencé a pensar en cómo debería ser el parque que deseaba.

De repente, el sol comenzó a desaparecer gradualmente. Caía la noche. Las luces de la calle se fueron encendiendo una tras otra. Todas las instalaciones poco a poco empezaron a ponerse en marcha. Las luces de colores iluminaron el cielo. El carrusel empezó a funcionar. La rueda de la fortuna hizo un ruido y empezó a girar de nuevo. El agua clara brotó de la fuente. Los árboles y las flores también recuperaron su vitalidad. La luz en la plataforma de la montaña rusa se encendió de nuevo. Todas las instalaciones estaban como nuevas.

—¡Mira, si lo deseas, puedes hacerlo! —Amanda me dijo aplaudiendo.

También me reí al verla tan alegre. Aunque no podía ver mi cara, supuse que la sonrisa de un panda debiera ser muy rígida.

—Quiero montar los caballos —dijo.

Corrió hacia el carrusel sin esperarme y eligió un caballo, supongo que su favorito.

—¿Qué estás esperando? ¡Vamos! —gritó.

Me trepé a uno negro. Estaba frente a mí, se dio la vuelta y me dijo:

—Tu caballo corre demasiado lento, no puedes alcanzarme.

No me di por vencido.

—Vamos caballito, alcancémosla.

En ese momento, el palo de madera que sostenía mi caballo desapareció y el caballito negro empezó a correr de verdad. Alcanzó al caballo de adelante y luego rebasó uno tras otro hasta llegar al caballo de Amanda.

—Es increíble —ella señaló mi caballo—, espero que el mío también pueda correr.

—Corre —dije, y su caballo también se liberó del palo.

Los caballos corrieron y dieron muchas vueltas. Finalmente, el carrusel se detuvo y todo volvió a su posición original.

—Es tan divertido. ¿Lo has visto? Los caballos estaban corriendo.

Inmediatamente la enorme y atractiva rueda de la fortuna atrajo su mirada.

—Ahora vayamos a la rueda de la fortuna —corrió rápido y la perdí de vista en seguida.

Mi cabeza estaba tan pesada que no me permitía correr tan velozmente como ella.

Al fin llegué al pie de la rueda. Ella subió a una cabina.

—Apúrate, estamos a punto de arrancar.

Subí con prisa porque la cabina ya estaba moviéndose lentamente. El parque entero ya estaba debajo de nosotros. Nos quedamos con la boca abierta por el panorama del parque.

—No puedo entender por qué antes estaba tan desolado aquí —aunque no pude recordar el aspecto anterior del parque.

Yo estaba sentado, mirando el paisaje a través de la ventana. No sé por qué me parecía tan familiar. Mientras así estaba, embebido en el paisaje, Amanda se agarró de la barandilla y asomó la mitad de su cuerpo por la ventana de la cabina.

—Sí, estoy atrapando las estrellas.

—¡Amanda, ten cuidado, es muy peligroso!

—Está bien, tendré cuidado.

De repente, la venció su peso, inició su caída, pero por fortuna reaccioné rápido, la agarré de la mano y la traje de nuevo a la cabina.

—Amanda, prométeme que no lo harás de nuevo por favor.

Asintió tímidamente con la cara roja por la excitación. Temblaba de miedo y para hacerla sentir mejor la abracé. Cuando bajamos del coloso, nos tomamos de la mano.

—Muchas gracias, me siento mucho mejor —me dijo.

La miré y de repente se me ocurrió una idea genial.

—Sígueme —le pedí con entusiasmo.

Nuestro destino era la montaña rusa que estaba delante.

—¿Vamos a subirnos a ese juego? —preguntó.

—Sí, confía en mí. Definitivamente te sorprenderás.

Apretamos los cinturones de seguridad. Después de la cuenta regresiva, la montaña rusa comenzó a ponerse en marcha. Ya podíamos ver que el punto más alto estaba ante nosotros. Amanda se cubrió los ojos con las manos. Sin embargo, al cabo de cinco minutos, la montaña rusa todavía no había alcanzado el punto más alto del riel. Ella abrió los ojos.

—¿Qué pasó, se paró la montaña rusa? —me preguntó.

—No, mira afuera.

Ella asomó la cabeza. El tren de carritos había salido del riel y volaba en el cielo.

—¡Ahora estamos listos! —después de que terminé esta frase, el tren se precipitó rápidamente hacia abajo. Chocamos contra la superficie del agua y nos sumergimos en el mar.

—¡Wow! Es increíble. ¿Dónde estamos? —dijo Amanda con una burbuja en la boca.

—Estamos bajo el océano Pacífico...

—¡Genial! Mira, delfines —señaló un grupo de delfines.

Aunque parecía que los delfines disfrutaban mucho a Amanda, pronto se marcharon. Seguimos avanzando rápidamente y llegamos a un arrecife de coral. Había pulpos, besugos, peces del trópico, exquisitos corales y conchas. Luego vimos la majestuosa Ciudad Prohibida, también los pandas reales de Sichuan. Más tarde, el Taj Mahal de la India, las torres de Dubai, las pirámides de Egipto.

Seguimos el magnífico viaje: vimos una corrida de toros en España, el Big Ben en el Reino Unido, los molinos de viento en los Países Bajos y las hermosas praderas de Irlanda.

Fuimos al Polo Norte y observamos los magníficos glaciares y los encantadores osos polares.

Caminamos alrededor de la estatua de la Libertad. Oímos mariachis en México, tomamos café en Colombia, visitamos Machu Picchu en Perú y estuvimos en un partido de fútbol en Argentina.

Por último, los carritos de la montaña rusa se elevaron poco a poco hacia las nubes y luego cayeron de manera brusca. Volvimos a nuestra pequeña plataforma. Al bajar del carro, Amanda no podía dejar de expresar lo sorprendente que fue todo aquel viaje.

—¡Somos los dos primeros niños del planeta que viajamos por todo el mundo en una montaña rusa! —exclamó Amanda.

Ella me abrazó con entusiasmo.

De repente, oímos la voz de alguien. Nos miramos con curiosidad. Decidimos ir a averiguar.

Así, llegamos al cine que estaba muy iluminado. La ventana de la taquilla estaba abierta.

Amanda tomó dos entradas.

—*La vida de Li Hua*. El nombre de esta cinta suena bien, vamos a verla.

—Bueno, vamos a ver —asentí.

La película se proyectaría en la sala donde antes había estado yo. Entramos, nos sentamos en la primera fila y la película comenzó.

Apareció un niño de unos tres años en la pantalla, se cayó y sus padres lo ayudaron a levantarse. Él estaba muy feliz. Jugaba en el mismo parque de diversiones: el carrusel, la montaña rusa y la rueda de la fortuna eran los mismos juegos mecánicos donde hacía apenas un rato habíamos jugado.

Hubo un cambio de escena. En la pantalla apareció el niño, en su casa, a la edad de cinco años. Sus padres estaban poniendo algo en sus brazos y las expresiones de su cara se veían relajadas después de haberlo inyectado. Se veía cómo, gradualmente, el estado de salud de los padres del niño se puso peor y peor y, finalmente, fallecieron. Dejaron al niño solo en este mundo, pero también el niño estaba enfermo.

Vivía en un pueblo pequeño, cuyas instalaciones médicas no eran modernas. No había ninguna manera de curar su mal y no podía ir a la escuela.

Un día, un español visitó la aldea, reunió a los niños enfermos y les enseñó español. A partir de su llegada, la vida de los niños comenzó a mejorar. Los trataba muy amablemente. Les contaba cuentos y jugaba con ellos todos los días. En cierto momento, el niño escuchó que el señor los llevaría a España para que tuvieran un mejor tratamiento, pero el pequeño se escapó al parque a donde sus padres lo habían llevado. De camino a la montaña se cayó en un prado, percibió un cálido rayo de luz, lo siguió y desapareció en la luz.

—Esta película es difícil de entender. ¿Sabes lo que significa la película?

Amanda me miró y preguntó:

—¿Por qué estás llorando? ¿Qué te pasa? —preocupada, Amanda me tomó de la mano.

—Porque he recordado todo, soy el mismo Li Hua de la película. Soy de Sichuan, China —no podía dejar de llorar.

—¿Qué? Es estupendo que puedas recordarlo. Pero, por favor, no llores —Amanda me consoló.

Después de unos minutos, finalmente me calmé y pude contarle mi historia a Amanda. Tenía sida. Cuando escuché que el señor nos iba a llevar a España, hui por miedo. Yo no sabía qué pasaría en el futuro. No podía recordarlo todo porque no quería hacerlo.

—He oído hablar del sida, es una enfermedad difícil de curar, ¿verdad? —me preguntó Amanda.

—Sí, otros niños como yo son huérfanos y tienen sida o hepatitis C.

—Es muy triste escuchar eso —me abrazó.

—Lo siento, Amanda, puede que yo no quiera volver al mundo real.

Amanda se veía frustrada, no sabía qué decir.

Puse mis manos sobre sus hombros y le dije:

—Pero todavía podemos encontrar una manera para que salgas de aquí.

—¿Qué debemos hacer ahora?

—Dijiste que teníamos que usar la imaginación. ¡Podemos crear una salida con la imaginación!

Salimos del cine, cerré los ojos y mi deseo creó una puerta frente al parque.

La llevé a la puerta. Estaba a punto de atravesarla, pero se detuvo:

—No puedo irme así. Escucha, Li Hua. Aunque haya muchos sufrimientos en el mundo, todavía hay algunas cosas que son hermosas. Tu enfermedad se curará, salgamos juntos.

—Insiste en tus sueños, puedes llegar a ser una gran entrenadora de animales —Li Hua sonrió a Amanda y luego la empujó.

Amanda ya estaba del otro lado de la puerta e iba desapareciendo entre las luces. La cara del niño recuperó gradualmente la apariencia humana, pero Amanda ya no podía verlo.

—¡Li Hua, debes salir! ¡Ven a buscarme!, mi familia vive en el edificio M, 101 Dream Sea Street, Ciudad de México, México —exclamó Amanda, quien sólo alcanzó a ver que el niño se despedía agitando la mano.

Cuando Amanda se despertó, lo primero que vio fue a sus padres. Parecían ansiosos y la abrazaron con fuerza.

—Mamá, papá, quiero ser una entrenadora en un acuario —aseguró con orgullo.

Los padres de Amanda no dijeron nada, sólo asintieron.

Amanda había estado desaparecida por dos días. Los policías la encontraron en unas ruinas.

(25 años después)

Mi nombre es Amanda y ahora soy entrenadora en un acuario público. Estoy muy satisfecha con mi trabajo. He realizado el sueño de mi infancia. Esto sucedió porque un niño me impulsó a hacerlo. Les conté a mis padres acerca de mi experiencia en el refugio para niños, pero nadie me creyó. Pensaron que me había ido de casa en aquellos dos días. Pero siempre guardaré ese precioso recuerdo.

Hoy, como otros días, también fui a trabajar con toda mi energía.

Había muchos turistas que fueron a ver el espectáculo acuático de aquel día. Como de costumbre, cogí el aro e hice gestos para que los delfines salieran del agua y pasaran a través de él.

Después de la actuación, fui al vestidor a cambiarme de ropa. Estaba lista para irme a descansar cuando un señor de mi edad me detuvo.

—Hola, ¿eres Amanda?

—Sí —le respondí.

Me entregó un ramo de flores:

—¿Me recuerdas? Mi nombre es Li Hua, vine a ver tu actuación.

—¡Dios mío, viniste a verme! —grité y lo abracé.

Salimos y luego caminamos por la calle.

—¿Qué tal?

—Muy bien, me fui a España después de regresar al mundo real. El señor nos ayudó a curar la enfermedad. Estudié medicina en ese país. Mañana volveré a China para ayudar a más niños como yo. Espero verte una vez más antes de volver.

—¿Te vas mañana?

—Sí.

—Te echaré de menos —dijo y me besó en las mejillas.

Yo andaba lentamente y quería tener más tiempo para que estuviéramos juntos, pero él caminaba más rápido y se fue delante de mí: iba decidido a salvar a personas enfermas y creo que sus planes marcharán viento en popa.

LA TERAPIA DE SIMULACIÓN

Luo Yunwei

Es el trigésimo segundo hospital que he visitado.

Hace cinco meses comencé a sentir náuseas y mareos, y estas molestias fueron empeorando. Pero ningún doctor me ha podido diagnosticar de manera adecuada porque los resultados de mi examen físico han salido normales. Tal incertidumbre me provoca miedo y ansiedad.

Este hospital es igual a los anteriores. Con un vistazo al resultado de mi examen físico, el doctor comenta:

—Lo lamento, esto no está a mi alcance.

Me levanto dispuesto a irme.

—Pero con esta nota médica puedo recomendarlo con otro doctor.

El fuego de la esperanza se enciende en mi interior otra vez. Siguiendo las indicaciones de la receta entro en el ascensor ubicado en un rincón de la primera planta. La puerta se cierra y todos los botones brillan. Vacilo unos segundos y presiono el del piso 35. Sin embargo, en vez de ascender 35 pisos, el ascensor los desciende mientras mi inquietud aumenta. ¡Qué profundo!

Al llegar al piso 35, la puerta se abre. Lo que veo parece un hospital común y corriente, pero salgo dudoso hacia el consultorio.

Camino unos pocos metros y me encuentro con algunas personas. Un minuto, un minuto... ¿personas semitransparentes que flotan en el aire y emiten una ligera fluorescencia?

¿O tal vez son almas? Con mucho miedo, retrocedo, doy la vuelta de inmediato y regreso corriendo al ascensor. Una de las almas flotantes, con uniforme de enfermera, me persigue, pero su dulce voz logra detenerme.

—Señor, ¿es usted paciente de la Tierra? No se preocupe. Ahora se encuentra en el Primer Hospital Popular del Infierno. Sígame por favor, le indicaré el camino al consultorio.

Camino pegado a la pared, acompañado por la buena enfermera. Observo a las almas de los difuntos que pasan: hay amarillas, verdes, grises, las que tienen muchos huecos y otras sin cabeza o piernas... entonces empiezo a temblar.

El doctor también es semitransparente. En cuanto me ve, hace un diagnóstico:

—No tiene ningún problema grave. Su alma sólo está roída por unos parásitos. Debe ser desinfectado con agua de talismán en el edificio de fisioterapia.

—¿Qué...? Según usted, ¿qué hace ese remedio? ¿Qué son esos parásitos? ¿El agua de talismán se hace con el papel amarillo taoísta con figuras mágicas? ¿Me van a ahuyentar algún diablo con esto?

—Tranquilícese, no se preocupe tanto. Los doctores de este hospital son capaces de ver su alma claramente. Es natural que el alma sufra enfermedades porque existen numerosos parásitos y virus que viven a costa del alma, incluso hay monstruos que pueden atacarla. No es una posesión demoníaca, es una infección; debemos poner atención a la ciencia y no a las supersticiones de los tiempos feudales.

Al terminar de escribir mi historia clínica, me da un papel:

—Si sigue las indicaciones de la receta, llegará al consultorio de desinfección en la segunda planta del edificio de fisioterapia. Y el seguro médico estatal pagará la factura. No se preocupe.

Después de agradecerle, me levanto dudoso y voy a buscar el consultorio de desinfección.

Gracias a las palabras del doctor vuelvo a relajarme. Acepto este hecho de la misma forma en la que estudio una nueva fórmula física: me parece muy razonable, aunque no la entiendo para nada. Por esta razón, las almas que se muestran crueles expresan la tristeza a través de enfermedades. Cuando estamos vivos, ellas nos molestan. Cuando estamos muertos, ellas nos siguen gobernando. Creo que la muerte ya se convierte en una cosa muy aburrida.

El tratamiento de desinfección también sale bien: no siento dolor ni asco. Tengo ganas de elogiar al nuevo mundo recitando un poema. En medio de mi alegría me encuentro con Lili, mi compañera universitaria, a quien no veía desde hacía mucho tiempo.

Estudió arte en la universidad. Sus obras son excelentes, pero más sobresalientes aún son sus dotes físicos, como su rostro y su figura. Dos años después de graduarse, se casó con su novio Wang, estrella de nuestra universidad a quien todos reconocían, no sólo por ser muy guapo, sino también por sus buenas notas. Además, organizaba actividades benéficas y también fiestas para su novia, las cuales difundían su fama por todo el campus. Recientemente se dijo que había obtenido el cargo de director ejecutivo de su empresa. Nadie dudaba de su futuro brillante. A Lili y a su novio, toda la gente los considera el príncipe y la princesa del mundo moderno que van a vivir juntos y felices para siempre.

No obstante, hace unos meses recibí un mensaje de Lili en el que me consultaba sobre su divorcio. Me pareció extraño y preferí darle unos consejos de cómo seguir adelante con su matrimonio.

Ahora sorprendentemente me encuentro con ella aquí, un fantasma con muchas heridas y cortes.

—¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo estás? ¿Sufres de virus o parásitos también? ¿Es muy grave?

—Bien, estoy bien, nada tiene que ver con virus. Estoy por daños psíquicos. Ah, ¿podrías hacerme un favor? Acompáñame hasta el edificio de los ángeles, siento un poco de temor si voy sola.

—¿Daños? ¿A qué se deben?

—A Wang.

—Imposible. ¡Él...?

—Si no me crees, regresa a la Tierra.

Las lágrimas descendían por su rostro como un pequeño arroyo.

—Sale, sale, te acompaño.

Las lágrimas son el arma más irresistible de las chicas, sobre todo si son bonitas.

Antes de llegar al edificio de ángeles, pasamos por una larga galería. Charlamos mientras caminamos. Le pregunto qué es la simulación y me contesta:

—Es una terapia especial que simula la escena donde se desarrollaron los hechos que causaron los daños y se da la oportunidad para enmendarlos.

—¿Acaso una herida se recuerda?

—Esta terapia permite curar las heridas del alma. Un alma con muchas cicatrices podría tener deficiencias inherentes en la próxima reencarnación o convertirse en un diablo sin juicio debido al estado inestable del alma, incluso, podría desaparecer para siempre.

Al ver que sus heridas se extienden por todo su cuerpo y que algunas son tan profundas que lo perforan, se me rompe el corazón. ¿Qué le pasó?

Tan pronto llegamos al edificio, gritos terribles desgarran el aire, como si en ese mismo instante estuvieran asesinando a una persona. Entramos como si fuera un zoológico que reúne muchas fieras crueles, como si se tratase de una película de terror.

A diferencia de los consultorios normales, a éste lo divide un vidrio enorme en dos áreas: en un lado hay un equipo grande y complejo, parecido al de un estudio de grabación, y unas sillas, en el otro lado no hay nada.

Un doctor, de piel gris en vez de semitransparente, nos saluda.

—Señora Lili, usted murió por pérdida de sangre el 9 de septiembre de 2018 al ser atacada por su marido con una botella de vino. ¿Es correcto?

—Sí.

No puedo dar crédito a lo que escucho. ¿Qué ha dicho?

Tras acordar algunos detalles importantes, comienza el procedimiento especial. El tiempo retrocede hasta aquel momento, a las 7:50 del 9 de septiembre del 2018. Del otro lado del vidrio, una mesa emerge poco a poco de manera mágica y, sobre ella, aparecen platos, velas, flores y dos pares de cubiertos. Tanto las personas como las cosas que aparecen son opacas y las luces proyectan sus sombras como si aún se hallaran en la Tierra.

Lili está en brazos de Wang quien, con piropos, la compara con su hogar, con las estrellas y las rosas. Y le da regalos que acaba de comprar. Sin embargo, ella permanece en silencio con una expresión triste.

—Bebita, perdón. Prometo no volver a golpearte. Ten confianza en mí. La otra vez fuiste a la asociación de mujeres a presentar una denuncia. Sólo te di un golpe ligero. Es malo exagerar con este tipo de cosas. ¿De acuerdo?

Y Wang le cuenta cuántos regalos le compró, cuántas cosas conmovedoras hizo para ella. Me sorprende su capacidad para recordar tantas cosas, ya que incluso le dice la suma de dinero que gastó en un restaurante hace dos meses y le relata la historia de cuando se bañaron con agua fría hace tres años. Me parece conmovedor su relato, pero también encuentro extrañas sus palabras.

—Todo lo que hice lo hago por nosotros. ¿Sabes lo enfadado que estaba cuando la policía entró en nuestra casa? Si el agente fuera yo, si hubiera presenciado que su mujer lo engañó con otros hombres, sin duda la encadenaría a la manilla de la puerta. ¿De acuerdo, bebita?

Al escuchar esto, Lili lo niega de inmediato y le repite, como lo ha hecho muchas veces: aquel hombre con el que, según su marido, supuestamente lo engañó, no es sino un compañero de trabajo con quien sólo discutía sobre un proyecto comercial.

—Pero has llamado a la policía. Quieres que me arresten. Quieres perjudicarme. ¡Vaya mujer malvada!

Su respiración comienza a acelerarse y se expresa cada vez con más enojo. De repente le da a Lili tal bofetón que la tira al suelo. Pero esto no lo calma, sino que después comienza a patearla. Esto me sorprende tanto que me incorporo de inmediato. Las patadas se las da como si fuera lluvia que cae sin cesar, en la espalda, en el pecho, en la barriga y en las piernas. Ella quiere levantarse, pero sólo consigue que su marido la arrastre por el suelo.

Wang le cuenta la cantidad de veces que salió a deshonrarlo con otros hombres, en vez de arreglar la casa. La humilla diciéndole que sus obras de arte son basura. Según razona Wang, el hombre trabaja fuera y la mujer se queda en casa. Cada vez que regresa a casa, el hombre debe disfrutar de comidas deliciosas y de un hogar limpio. Pero Lili no ha

obedecido sus palabras. ¿De qué sirve una esposa no virtuosa que no cumple con las normas? Por eso merece los castigos.

Wang habla de manera natural, como si le estuviera enseñando reglas cósmicas.

Lili se siente tan enfadada que, contrariamente, empieza a reír.

—Me arrepiento de haberme casado contigo. No soy tu niñera. ¡Perdedor!

Esta frase obviamente enfada a Wang. De frente a Lili, la toma del cuello y le propina fuertes bofetones. Después de un rato, Wang tiene los ojos rojos y da la impresión de estar a punto de perder el juicio. Furioso, recorre el salón en busca de algo: centra su mirada en una botella de vino. La toma e intenta golpearla con ella, pero Lili la esquivo con éxito. La botella se estrella contra el suelo y se rompe, los pedazos se esparcen alrededor y el vino tinto se extiende por el suelo. Wang no puede detenerse y empieza a cortar la piel de Lili con la mitad restante de la botella.

—Realmente debería tatuar en tu cuerpo que eres una puta, la puta de Wang.

El vidrio perfora la piel y deja unas terribles marcas rojas en la piel blanca. Ahora Wang parece un niño que juega con juguetes nuevos e interesantes. Su sonrisa inocente se vuelve más y más exagerada. Al mismo tiempo sus movimientos se aceleran.

No puedo soportarlo más. Me apresuro a abrir la puerta y salvar a Lili de esta violencia, pero el doctor grita detrás de mí:

—¡Deténgase! Es inútil intentar salvarla.

Sin embargo, ya he entrado. Me acerco rápidamente para alejar al diablo de Lili. Pero traspaso sus cuerpos como si fueran aire, como si yo fuera un fantasma. Lo mismo ocurre con la silla, la mesa, la comida y el jarrón.

Estoy tan sorprendido que me quedo inmóvil, mirando mis propias manos. ¡Increíble!

Wang sigue frente a mí. Veo que enormes peonías rojas florecen sobre Lili, desde la espalda hasta las piernas, milímetro a milímetro, centímetro a centímetro. Las flores explotan como las burbujas y dejan heridas de las que la sangre escurre por el cuerpo de Lili y fluye hasta la alfombra mojada de vino tinto.

Y no puedo hacer nada, sólo miro esta escena, la escena del asesinato. Involuntariamente me asalta una idea: “También soy el asesino que mató a Lili. También yo la maté”.

Repentinamente todo desaparece. Me encuentro de nuevo en el consultorio y miro su alma cubierta de cicatrices y sus ojos tristes. Ella me pide que espere del otro lado del vidrio.

Regreso al otro lado. El doctor insiste en que todo intento por interferir es inútil, porque todo ello es la proyección virtual de los recuerdos de Lili.

—¿Qué puedo hacer para ayudarla?

—En aquel entonces, usted no hizo nada. Nada puede hacerse hoy.

—Otras personas tal vez sí intentaron hacer algo por ella...

—Si alguien realmente hubiera hecho algo para ayudarla, ella no estaría aquí.

Me callo.

El doctor habla con Lili por un micrófono.

—Señora Lili, continuemos. Por favor, cambie este final. Y recuerde que la clave está en el valor, la fe y el amor.

Entonces, se proyecta otra escena. Esta vez se trata de una conversación similar. Wang está enojado por la denuncia. Y Lili, aunque está asustada, trata de expresarse con palabras suaves.

A Wang no le gusta su manera de hablar y vuelve a masacrarla.

En su tercer intento, Lili se disculpa por la denuncia. Me enfada que Lili le conceda la razón a su marido. Pero a las personas débiles no les queda otro remedio que rendirse para salvarse. En cuanto al asunto de su compañero, Lili no puede reconocer lo que nunca existió. Entonces la tragedia se repite.

En el cuarto intento, no sólo se disculpa por la denuncia, sino que también reconoce haber engañado a su marido. Esto sólo lo enfurece más, pues comprueba que la sospecha que durante largo tiempo elucubró, es verdad. Así, una vez más, se repite la masacre.

Del otro lado del vidrio se me desgarran el corazón y el doctor me recuerda que no es más que una simulación, que no puedo hacer nada. Viendo cómo Lili dócilmente concede, al escuchar cada gemido doloroso, al observar el dolor en su rostro y cada lágrima que cae por sus mejillas, percibo el mismo dolor que ella, tanto físico como psíquico. Sin embargo, no hice nada en aquel entonces.

Cuando Wang le jala los cabellos a Lili y golpea su cabeza contra la pared, cuando la pateo violentamente, cuando le corta la piel con la botella rota, me hace pensar que esta furia se desató, en parte, por mi culpa. Si bien no supe nada de lo que sucedió en aquella época, no hay duda de que recibí los mensajes en los que Lili pedía ayuda. No se aplica a mi caso el proverbio popular: la persona ignorante del hecho no es culpable.

Creo que todos de algún modo fuimos culpables.

Soy cómplice. También soy un asesino. Yo también la maté. Yo la maté. En medio del dolor extremo, siento que mis manos también están manchadas de sangre. No es su simulación, es mi tortura.

De un lado del cuarto está la pobre Lili y el loco Wang. Del otro lado, estoy yo, completamente afligido, y el doctor, sereno y tranquilo. Cuando hay un breve descanso entre las simulaciones, el doctor sólo repite aquellas palabras que dijo antes y que pueden cambiar el final: el valor, la fe y el amor.

Le pregunto al doctor por qué se mantiene indiferente ante una escena tan lamentable.

—He ofrecido ayuda en miles de casos. Éste es uno muy ordinario, sin nada especial. Además de casos de violencia doméstica, hay casos de terror en el campus, abuso sexual, maltrato a animales, esclavitud, etc. Debemos reconocer que los seres humanos se especializan en crear una gran variedad de torturas terribles que sobrepasan, incluso, la de los diablos del infierno.

Me callo otra vez, pero al fin puedo preguntar:

—Considerando que no puedo hacer nada para cambiar los hechos y la simulación es falsa, ¿para qué sirve este tratamiento? ¿Es un tipo de consolación?

—Para decirle a las víctimas que siempre les queda la esperanza y un buen final. Además, las heridas curadas se trasladarán a los que las causan. En este sentido, esta terapia forma parte del karma.

Por quinta, por sexta y por séptima vez, Lili hace más y más concesiones, se disculpa por todo lo que molesta a Wang, pero éste nunca está satisfecho. Lili cambia el tema, usa un tono suave y finge estar feliz. Por duodécima ocasión, el asesinato se vuelve a cometer violentamente. El médico me consuela:

—Se necesita un poco de paciencia. Hubo una persona que tuvo éxito después de más de cien simulaciones.

Luego de tantas escenas proyectadas, Lili, en lugar de mirar asustada con los ojos fríos, ahora está insensible. Habla

usando las mismas palabras que aprendió en las lecciones sangrientas para satisfacer a Wang con el fin de cambiar el final, como si estuviera buscando un truco en un videojuego donde el fracaso significa la muerte. ¡Dios! ¿Cuál es el remedio para sobrevivir a este asesinato?

El doctor sigue repitiendo las mismas palabras:

—Cambie el final. Recuerde: valor, fe y amor.

—¿La fe representa la esperanza? Pero, ¿acaso no le parece que contradice al valor y al amor? Resistirlo y amarlo entran en conflicto.

—No. Ámate a ti mismo.

Por decimoquinta vez, por decimosexta vez, por decimoséptima vez...

Por fin, Wang dice:

—Cariño, no importa. Es bueno saber reconocer nuestros errores. Pero si lo haces otra vez, no te perdonaré. ¿De acuerdo? ¡Éxito! Y la cena continúa.

Lili va a la cocina por una copa. Cuando vuelve, tiene un cuchillo en sus manos. Wang, de espaldas a la cocina, está pinchando con elegancia un trozo de carne y se lo lleva a la boca. Segundos después, el cuchillo está clavado en la parte posterior de su cabeza. Sus grandes ojos no tienen tiempo para cerrarse.

—¡Aaahhhh!

Con toda su fuerza, Lili va desgarrando violentamente el cuerpo de su marido. Como un soldado en guerra, si no mata al enemigo cruel, ella muere. El movimiento del cuchillo no tiene dirección, ni regularidad. Ella, fuera de sí por completo, apuñala y corta: los pedazos de carne y hueso caen por todas partes y la sangre brota por doquier.

Así, su marido se convierte en un montón de carne picada. ¡Vaya escena sangrienta! Lili lo destaza dando fuertes

alaridos. Los gritos, al provenir de lo más profundo de su alma, desgarran el corazón de los oyentes. Son tan intensos y agudos que, igual al filo del cuchillo, uno tras otro van cercenando los huesos de aquel hombre. Poco a poco el frenesí de sus gritos va disminuyendo, como si ella comenzara a obtener una nueva vida.

En ese momento entendí de dónde venían los gritos que escuché al llegar. No son animales ni diablos, sino ángeles de la Tierra que fueron arrojados al abismo, que fueron empujados al averno y que siguieron luchando con violencia, desgañitándose eternamente. En el infierno no hay demonios: todos están en la Tierra.

En un momento de la venganza de Lili, el médico presiona unos botones de su compleja máquina y se libera un gas blanco que envuelve a la mujer; de sus heridas, brota una luz dorada, las desgarraduras comienzan a cerrarse y las cicatrices se borran.

El médico no pide repetir la escena: significa que la tarea se ha cumplido.

—¿No le ha quedado otro remedio?

—¿Cree que no hay otra alternativa?

—No.

Se proyecta otra escena. Parece que Lili todavía no está consciente de la violenta lucha que acaba de pasar con todo que la sangre de la persona que acaba de matar aún no se desvanece. En esta ocasión se le imputan falsas acusaciones y, directamente, las rebate todas.

—¡Qué horrible está la cena!

—¿Por qué no tratas de prepararte tu cena? Siempre hago todos los trabajos domésticos.

El cuchillo aparece y lo atraviesa directamente.

—¿Cuál es la relación entre tú y ese hombre?

—¿Por qué me pegas por un desconocido que me pidió indicaciones en la calle? —luego los dos se pelean.

—Si te divorcias de mí, mataré a tus padres. Si yo no estoy bien, nadie lo estará.

—Bueno, quien debe morir eres tú —le golpea la cabeza con un objeto y logra matarlo.

Las escenas se van proyectando en un orden cronológicamente inverso. De las más recientes a las más pretéritas. Hay que reconocer que la fuerza física del hombre y la mujer es diferente. Lili pelea con Wang por inercia, pero al transcurrir varias escenas ella se siente cansada y no posee suficiente energía para ganarle, por lo cual, en vez de enfrentar a su marido, sale enseguida de la casa. Lo ridículo es que Wang no se atreve a perseguirla, pues afuera tiene que mantener la imagen de un marido perfecto.

—Estoy cansada de ver a ese tipo.

El médico contesta:

—Se proyectaron 15 escenas. El número de simulaciones terminadas es 15, el número de violencia física restante es 92 y la violencia verbal es 280. ¿Necesita descansar?

—No —Lili hace una pausa, piensa un rato y dice—: tengo todavía deseos por cumplir. Por favor, regresemos al momento de juramento de la boda.

Del otro lado del vidrio, aparece el banquete de su boda. El hombre porta un traje y ella, su vestido blanco de novia. Detrás de ellos hay una pared de rosas que se eleva hasta el techo. Aun en la oscuridad esta pared sigue siendo elegante y fragante. Acompañado por el agradable sonido del piano, el sacerdote hace la clásica pregunta de promesa.

Wang responde:

—Sí, yo quiero.

—No. Tú no mereces mi amor. Nunca cumplirás tu promesa. No me casaré contigo. Nunca me casaré contigo, ni siquiera en otra vida.

—Por favor, regresemos al momento de firmar el acuerdo matrimonial.

Los dos jóvenes van a escribir sus nombres en los papeles, pero la joven se detiene. Arroja la pluma, se levanta y sale con una sonrisa más brillante que la luz del sol.

—Por favor, regresemos al momento en el que me encontré con él por primera vez.

En la puerta de la biblioteca, Lili se topa por casualidad con un chico guapo. La lluvia les impide salir. El chico quiere ayudarla con su paraguas.

—No, gracias. Puedo irme sola —usando una bolsa como paraguas, ella avanza hacia la lluvia torrencial, sin mirar atrás.

POSDATA: después de regresar a la Tierra, me enteré que por la intensa violencia con la que se dio muerte a la víctima causada y por los testimonios recabados, el tribunal sentenció que Wang tuvo la intención de matarla. Y fue condenado a 15 años de prisión.

LAS EXPECTATIVAS

Ji Xinhao

Antonio es un estudiante universitario que está a punto de graduarse. Tiene muchas cualidades grandiosas y también algunas debilidades. Su talento ha sido cultivado por sus padres. Al igual que otros, los de él son muy exigentes con sus calificaciones. Se puede decir que, con su presión, sólo presta atención a los resultados; este universitario es como una flor en el invernadero, que, aunque preciosa, no sabe cómo enfrentar el incierto futuro.

Últimamente, debido a la fuerte demanda de empleos, se dice que “graduación significa desocupación”, lo cual hace que el estudiante se enoje mucho. Su pánico es el resultado de vivir dentro de los parámetros de sus padres, quienes le inculcan de modo forzado el conocimiento a través de los libros. Siempre debe actuar como le dictan sus progenitores: ha perdido el pensamiento independiente que debería pertenecerle.

Cierto día en que se encuentra jugando con su celular en el dormitorio, José, su compañero de cuarto, le pregunta:

—Toño, te graduarás en unos meses, ¿tienes algún plan para tu futuro?

Antonio baja su celular, se rasca la cabeza y contesta:

—Ah... quizá salga a buscar algún trabajo después de la graduación.

A lo que José le comenta:

—Con la afluencia de estudiantes universitarios cada año, la demanda de talentos promedio ya está saturada en este

momento. Además, si las carreras que estamos estudiando no van perfectamente de acuerdo con la demanda del mercado, entonces buscar empleo será aún más difícil para nosotros, simples universitarios. Por eso, ¿por qué no estudias un posgrado? Los certificados de posgrado significan educación superior, así podrías tener mejores oportunidades de empleo.

Antonio, consciente del problema que enfrenta, asiente:

—Sabes... creo que tienes razón: debería continuar con mis estudios de posgrado.

José menea la cabeza y argumenta:

—Sin embargo, con este tipo de pensamiento ahora hay un gran número de estudiantes universitarios que siguen yendo a la escuela y estudian un posgrado, pero la situación no es satisfactoria. Sin mencionar que la universidad ha ampliado su oferta y la sociedad ha depreciado sus títulos académicos, el mercado está lleno de muchísimos de los llamados *maestros*.

Antonio añade:

—También he oído un poco sobre esto, sin embargo, obtener un doctorado puede ser algo que me beneficie en el futuro.

José frunce el ceño:

—Vale la pena mencionar que el doctorado no es nada fácil. Incluso si eres aceptado, no olvides que en nuestra universidad a muchos profesores les ha llevado años obtener el título doctoral y algunos fracasan al exponer su tesis. Quizá nunca lo obtengan. Incluso, si tienes un camino despejado, una persona mayor o nacida en otra década raras veces tiene la valentía para seguir adelante, equivocarse y probar nuevos retos. Además, ¿no crees que sea hora de casarte y formar una familia? ¿Cuál será tu elección: carrera o familia?

José se encoge de hombros y grita:

—Graduación es desocupación —y sigue jugando en su computadora sin escucharlo, dejando que el otro se sienta muy abrumado.

Por la noche, Antonio está acostado en la cama, lleno de todo tipo de pensamientos, construyendo futuros imaginarios en su cabeza.

Después de tres días de insomnio, decide ir a casa y hablar con sus padres.

—Papá, estoy estudiando finanzas. ¿Cree que pueda ir al banco después de graduarme?

El padre asiente:

—Es una buena opción. Pero si trabajas en un banco, ¿serías contador, asesor financiero o planeas estar en atención al cliente?

—Ni idea.

—Quien esté en atención al cliente debe levantarse muy temprano todos los días y ponerse en contacto con las personas, enfrentar la indiferencia de los demás y ganarse el sustento, aunque su ganancia sea poca. En mi opinión, un estudiante ordinario como tú no soportaría una vida así.

”En cuanto a ser un contador... aunque tengas un certificado de contabilidad, hay muchos jóvenes que serán mejores que tú. Este camino también es difícil de seguir. Y para asesor no tienes ninguna experiencia. La fila de los aguerridos talentos de alto nivel educativo que quieren ir a los grandes bancos podría rodear la tierra tres veces. Creo que tú nunca tendrías éxito en este terreno.

”Si vas a tener un salario muy bajo, entonces ¿en qué te fías para sobrevivir? ¿En tu futura esposa?”

Después de un largo silencio, el universitario pregunta con suavidad:

—Papá, ¿qué le parece si comienzo como emprendedor?

—¿Emprendedor? ¿Qué quieres hacer? ¿Un niño sin experiencia ni calificaciones? Si quieres ir a arruinar tu economía, será mejor que te quedes en casa ahorrando dinero para nuestra familia.

—Papá, no me diga esas cosas, ¿acaso los jóvenes no pueden probar suerte?

—Por supuesto que sí. Pero sólo aquellos que han hecho historia en la comunidad tienen una visión amplia y una inteligencia emocional muy alta. Ellos sí son dignos de probar suerte. ¡Tú, un simple novato, sólo puede ser el juguete de otros! Entonces, pon atención a los estudios en vez de andar por ahí de fiesta en fiesta con tus amigos, ¿me oyes?

La madre, quien escucha la plática, interrumpe al padre:

—Oye, cariño, no lo trates así. Si él no encuentra un trabajo adecuado, siempre estaremos aquí para él.

—¡Absolutamente no! ¡Cómo puede un adulto comer de gorra!

La madre, al igual que Antonio, ahora se encuentra enojada y le grita a su esposo:

—¡Yo estoy dispuesta a apoyarlo! ¡Estaré feliz de hacerlo!

El padre aún más furioso contesta:

—¿Qué diablos estás diciendo, mujer? ¡Si este perdedor se atreve a hacer esto, yo mismo lo mato!

Antonio se dirige a su padre:

—Papá, es usted quien afirmó que sería mejor que me quede en casa y ahorre dinero para nuestra familia.

Éste abofetea a Antonio y le grita:

—¿Con quién diablos crees que estás hablando? Yo hago todo esto por ti, ¿y así me pagas?, ¿cómo te atreves a responderme? Después de graduarte de la universidad vas a estudiar

el posgrado. Un alto diploma puede garantizar altos ingresos. ¿Entendido?

De repente, Antonio recuerda las palabras de José, así que le dice a su padre:

—Papá, la situación de empleo de los graduados también es grave. Porque...

—¿Tú, qué diablos sabes del tema?! Como tu madre y yo tuvimos una educación de baja calidad, después de graduarnos sólo conseguimos trabajar como obreros. ¡No tengo suficiente dinero para darte mejor calidad de vida! —el padre lanza una mirada cruel a su hijo y sigue hablando—: ¡La siguiente generación debe ser mejor que la generación anterior! ¡Una generación que no es tan buena como la generación precedente seguro se extinguirá!

Antonio asiente con la cabeza temerosamente.

El padre está muy satisfecho con la obediencia de su hijo y le dice:

—Hijo, debes entender que tenemos mucha esperanza en ti. Oh, además, es necesario que solicites una tarjeta de guía turística, una licencia de conducir, un certificado de cualificación docente, etc... Todos los días debes desarrollar nuevas capacidades para prepararte. Por lo demás, debes ir a la biblioteca a diario para superarte y aprovechar al máximo el tiempo y ser un pilar de la sociedad de alumnos. En tu tiempo libre, debes intentar practicar tus habilidades y tener más contactos con personas de varias profesiones.

Antonio dice con cierto temor:

—Papá, esto que dice es demasiado para mí. Todavía tengo una tesis por escribir y varias clases que cursar. Antes, usted había dicho que yo debería ser menos sociable...

El padre golpea a su hijo con una bofetada otra vez:

—¡Cállate! ¿No puedes organizar tu tiempo para las actividades? ¿Acaso sabes cómo usar tu cerebro apropiadamente para distinguir entre lo que está bien y lo que está mal? ¡Te comportas como un bebé!

Antonio baja la cabeza y refunfuña:

—Pero yo sólo...

—¡Bah! ¡Vete! —le dice su progenitor y el joven sólo obedece.

Sin dejar de ver a su hijo desde su habitación, el padre enciende un cigarrillo y gira la cabeza hacia su esposa.

—Cariño, todo lo que he hecho es para que nuestro hijo tenga éxito en el futuro, ¿cierto? La nueva generación debe ser mejor que nosotros, ¿no es así? Este niño debe aprender más de mí.

La esposa quisiera acariciar la adolorida cara de Antonio por el golpe recibido, pero sólo asiente en silencio.

Antonio, no conforme con todo lo que acaba de escuchar de la boca de su padre, se queja en silencio. En su mente comienza a desatarse un debate. Esto no puede continuar así, por mucho que quiera respetar la decisión de sus padres. Si todo sigue de esta manera, su corazón no podrá ser feliz ni su espíritu libre. Él quiere desenvolverse en el mundo, tal vez aún no acaba de comprenderlo, puesto que es muy joven, pero quiere experimentarlo todo mientras siga de pie en esta tierra.

A la mañana siguiente el padre se dirige a la habitación de su hijo, toca a la puerta, pero nadie responde. Fuerza la manija hasta que logra entrar, pero no hay nadie en el interior. En la cama hay una carta, la toma y lee lo siguiente:

Papá:

Me disculpo por mi repentino comportamiento. Usted sabe que siempre lo he respetado y también a mi madre, pero esta vez quiero construir yo mismo el futuro que he de pisar

algún día. Es cierto que no lo sé todo acerca del mundo laboral, pero si nunca lo intento... si no me deja caer no sabré cómo levantarme. Por eso le pido que, si no me perdona, por lo menos déjeme demostrarle que puedo hacerlo sentir orgulloso. Me iré a buscar los medios para hacer realidad mis sueños. No se preocupen por mí, volveré, lo prometo.

Cuando termina de leer, sus ojos se han humedecido, pero guarda la compostura y aunque está molesto por la decisión de su hijo, le pesa más su repentina partida.

Para Antonio, las cosas no son tan fáciles y, aunque le cuesta muchísimo, sabe que podrá salir adelante.

Gracias al apoyo de su amigo consigue un empleo y con el sueldo que gana puede terminar sus estudios sin problemas.

Cuando entra de lleno al ámbito laboral ya tiene experiencia y estudios que lo hacen candidato a mejores puestos. Nunca se da por vencido e invierte sus ganancias en un negocio propio y éste da frutos. En un abrir y cerrar de ojos, Antonio es ya el CEO de una famosa compañía.

Tras estos logros, vuelve a casa. Sus padres lo abrazan y los tres se sientan a la mesa a comer.

—Hijo mío —le dice su padre.

Antonio lo interrumpe:

—Perdón...

Pero su padre prosigue

—No, hijo, no hay nada que perdonar, he sido muy insensible y aunque nunca desconfié de tus capacidades, me cegué, valoré otras cosas sin dar importancia a tus sentimientos, olvidé que tu vida es sólo tuya y cuando te fuiste de casa me arrepentí y pagué con remordimiento el dolor que te causé.

—Hoy mis sueños se han vuelto realidad porque soy una persona responsable y dedicada. Esto se lo debo a ustedes, quienes me criaron aun cuando fue difícil por la situación económica. No hay nada más importante para mí que su amor y cariño. Es un honor y suerte tenerlos como padres. Además... —sigue Antonio— quiero presentarle a alguien muy especial para mí, con quien deseo algún día formar una familia.

Sus padres sonríen y cruzan miradas de satisfacción.

PROCESAMIENTO DEL LENGUAJE NATURAL

Feng Jiawei

0

Hoy, en la universidad, se llevaron a Ignacio a las 18:00 horas. (*Haz clic para cambiar el formato de las horas.*) (*¿quieres programar una cita para hoy, 18:00, ¿universidad?*) Qué horror. De repente se volvió loco, sacó un martillo y empezó a golpear la máquina del aula. Luego entró a otras aulas y golpeó las máquinas que allí había, hasta que vino la policía. No entiendo por qué. Tres puntos. No. No los quiero como texto, sino... ay, no importa. Estos días ha estado mal, la verdad. Dicen que van a ingresarlo a un psiquiátrico. Ojalá que no. No sé. Te extrañaré. Ignacio.

La transcripción simultánea del audio al texto ha sido posible con LENSISTENTE, tus servicios lingüísticos de inteligencia artificial.

1

Hoy empezaron a usar el nuevo producto de LENSISTENTE en el aula, pero no me convencerá. Cuando lanzaron sus productos al mercado, no dejaron escapar ni una sola ocasión para cantar cómo nos facilitarían la vida. Pero ¿cómo van a facilitarnos la vida si hay que aprender *sus* reglas de uso?

Recuerdo la primera vez —y también la última— que activé el asistente virtual en mi celular.

—Oye, güey, tengo clases esta tarde, y quizá puedes avisarme a las tres, no, a las 3:30 porque luego me da sueño. No sé, ¿a qué hora te parece bien?

En la pantalla apareció un círculo que comenzó a dar vueltas como si le acabara de preguntar cuándo volvería a crecer Pedrito F., autor de este cuento, o cuál sería la mejor manera de declararme a Luisa, que estaba sentada a mi lado. Tras veinte segundos incómodos, no me pude contener una maldición y tampoco Luisa su risa, tan seductora que casi desatendí el consejo que me dijo:

—Pero tienes que precisar, Ignacio. Si das vueltas a una sola idea y hablas y hablas, el asistente nunca te entenderá.

Dicho esto, dijo con voz suave al asistente:

—Avísame a las tres.

—Pero a esa hora me da sueño... —murmuré con tono de reproche.

No sé por qué me molesté tanto, si fue por la hora imposible o por el cinismo discriminatorio con que reaccionó el asistente con una rapidez increíble:

—De acuerdo.

Pues yo no estuve de acuerdo. Fue exactamente en ese momento cuando decidí abandonar para siempre a este asistente infiel.

Luisa me gusta en todo, salvo en una cosa: es súper fan de LENSISTENTE. Ella escribe poemas y, cuando lo hace, es como un diccionario encarnado. Pero cada vez que se pone con el tonto de su asistente, se convierte en un mono que sólo ha aprendido unas cuantas palabras para entrenar a otros monos, porque si le recitas un poema a LENSISTENTE es

como si le dieras de comer mierda: hay que hablar en la manera en que pueda entender las palabras. Por ejemplo, siempre tienes que decir “llama a Pedro”, en vez de “quiero chatear con Pedro”, porque los asistentes virtuales están diseñados para entender, no para sobreentender.

Para mí, lo de las nuevas tecnologías no tiene más que efectos deshumanizadores. Me gusta Luisa, pero me da miedo declarármelo, quizá por mi baja autoestima. Hay gente que me sugiere hacerlo por internet, en vez de en persona, pero estoy harto de las burbujas que sólo transmiten texto, no el gesto, ni el tono, ni la risa seductora. Si uno basara su vida amorosa en el internet, ¿cómo sentiría la maravillosa reacción química de las moléculas de las hormonas que, catalizadas por los nervios y la euforia, van zigzagueando y chocando entre sí en los vasos sanguíneos?

Lo mismo pasa con lo del nuevo producto. Cuando vinieron a instalarlo en el aula, el señor de LENSISTENTE se puso delante de todo el mundo y nos dirigió sus palabras salivosas:

—Los salvará del apuro de no poder pescar todo lo que se comenta en la clase —afirmó—. Al final de cada clase, se generará automáticamente un dictado de las palabras del profesor que se enviará a sus correos. Podrán localizar en el texto cualquier cosa que no hayan entendido del todo, como si fuera una vendimia.

No fue buen orador, pero se ganó el aplauso de todo el mundo y también el de mi amor platónico, por supuesto. Bueno, quizás usaré el producto en el futuro, pero dudo de su propósito: ¿desde cuándo la clase puede ser procesada y digitalizada, cuando debería ser algo más natural y espontáneo?

No sé. Por más que me facilite la vida, no le daré crédito.

Tuve razón. No debo darle ningún crédito a LENSISTENTE. Hoy hablé mal del profesor Rodríguez. Bueno, no fue un insulto, sino una queja pequeñita. Cuando estaba hojeando el dictado que se me había enviado después de su clase, solté una frase que fue la causa de todo:

—Pero ¿no te parece que el señor Rodríguez es muy dogmático?

—No tanto, ¿por qué? —sonrió Luisa.

—Que sí. Da clases leyendo el libro. A los mayores se les ha agotado la creatividad, te lo juro.

A los diez minutos ya estaba en el despacho de mi dogmático profesor.

—Buenos días, Ignacio. Nada especial, sólo le quería preguntar si tiene algunos comentarios sobre mi curso. Siempre necesito de sus observaciones, ya lo saben.

Parecía que sus lentes reflejaban en mi cara todas las luces del ambiente y me quemaban. Un poco avergonzado, antes de salir, le respondí vagamente “no tengo”. Nunca olvidaré la mirada escudriñadora y sin fondo con que me despidió.

Pero en tan sólo diez minutos... ¿Quién pudo haber sido el chivato que pescó lo que dije y se lo comentó al profesor?

¡Pues nadie, sino el mismísimo LENSISTENTE! Ya lo sabía, ¡lo que tenemos que pagar por una vida fácil es una vida vigilada! Eso sí, detrás de lo maravilloso está escondido lo horrible, la máquina no sólo escucha lo que dicen los profesores, sino que también procesa lo que decimos los alumnos para luego pasárselo al profesor. ¡Pobre de mí! Todo el mundo sabe que el profesor Rodríguez es la última persona a quien quisieras irritar. Las becas, los intercambios internacionales,

los premios... todo pasa por sus manos y basta con que frunza un poco el ceño para que caigas al infierno.

Tranquilo, Ignacio, tranquilo. Primero, nunca se lo digas a Luisa, porque luego te considerará un cobarde y un tonto y se alejará de ti. Y encima de todo ¿por qué no se trató de una mera casualidad? ¡Existe la posibilidad! Pero...

No sé. Este mundo se está volviendo loco.

3

Creo que no puedo más. Estoy a punto de volverme loco.

He eliminado de mi celular todas las aplicaciones que tienen algo que ver con la inteligencia artificial. Me callo como puedo en la universidad. Pero aún no puedo andar sin cautela. Vaya a donde vaya, siento como si un LENSISTENTE invisible estuviera a la espera de cualquier palabra que acabe matándome. Paso todo el tiempo sumamente nervioso, alerta.

Eso se me nota en la cara. Luisa me ha preguntado miles de veces si estoy enfermo. Gracias por la preocupación, Luisa, pero en estas circunstancias, el único que puede animarme y salvarme seré yo mismo.

Y lo único que sé es que el que juega a ser Dios nunca será LENSISTENTE. Serán los mismos seres humanos.

4

Hola, Luisa. Perdón. Intenté una locura. Quizá te asustes mucho. Lo siento. Es la primera vez que uso el dictado. Aquí

no tienen lápiz. (*Haz clic para buscar la papelería más cerca de ti.*) Parece que LENSISTENTE está tomando nuestro país. Hace un rato no funcionó bien porque hablé demasiado rápido y no me siguió. P**a máquina. En fin, Luisa. Ojalá puedas leer este mensaje, porque no sé si seré capaz de volver al campus. No sé dónde acabaré. Es que hay cosas que tienes que saber, Luisa. Siempre he sido un hombre tímido y se acabó el tiempo. No. Dámelo. No me lo quites. No he terminado. ¿Pero cómo apagar esto? (*Gracias por usar nuestros servicios. Adiós.*) Espera. Luisa. No. Luisa. Te.

La transcripción simultánea del audio al texto ha sido posible con LENSISTENTE, tus servicios lingüísticos de inteligencia artificial.

ÍNDICE

<i>Dos culturas unidas por una lengua</i> Rosa Beltrán	7
<i>Sueños chinos escritos en español</i> Guillermo Pulido González	9
PRIMER LUGAR <i>Un largo sueño en el avión</i> Wang Yue	15
SEGUNDO LUGAR <i>Ir a ver a Mo Mo</i> Yang Qian	23
TERCER LUGAR <i>La frontera</i> Zeng Leyi	33
MENCIONES HONORÍFICAS	
<i>El fuego todos los fuegos</i> Zhu Zhichen	55
<i>El muro</i> Lin Yijia	63

<i>El niño de arena</i>	
Li Ruoyu	71
<i>El refugio de niños</i>	
Luo Minghui	77
<i>La terapia de simulación</i>	
Luo Yunwei	91
<i>Las expectativas</i>	
Ji Xinhao	105
<i>Procesamiento del lenguaje natural</i>	
Feng Jiawei	113

Cuentos chinos. Primer Concurso Nacional Universitario de Cuento Chino en Español, editado por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural y el Centro de Estudios Mexicanos / BFSU de la UNAM, se terminó de imprimir el 21 de septiembre de 2019 en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V., Calle 5 de Febrero 2309, colonia San Jerónimo Chicahualco, C. P. 52170, Metepec, Estado de México. Se tiraron 500 (quinientos) ejemplares en papel Cultural de 90 g. Se realizó la composición en tipo Baskerville de 12 y 9 puntos. Impresión en offset. La edición estuvo al cuidado de Martha Santos, Rosalía Chavelas, Cui Yan, Jesús Mendoza, Peng Xinye, Pablo Mendoza y Edmundo Borja.

